



MARGOTTE
CHANNING

NILSA

NILSA

margottechanning@gmail.com

Facebook: Margotte Channing

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
EPILOGO

UNO

Erik estaba seguro de que los dioses, en los que no creía demasiado, estaban riéndose de él. Era la segunda vez que pasaba por lo mismo con uno de sus hijos, pero no estaba dispuesto a cometer el mismo error dos veces. Él sí aprendía de sus equivocaciones. Observó a su amada Yvette que, a su lado, lloraba silenciosamente con la mirada agachada. No era propio de ella. Sentía que no le habían contado toda la verdad, sino, su esposa estaría intentando convencer a Rognvald, para que no se fuera lejos de su familia.

Miró a los sirvientes que se movían por el salón, recogiendo los restos de la cena, y les ordenó que salieran. No quería testigos para aquella conversación. Una vez cerrada la puerta, se volvió hacia su hijo y señaló el asiento libre que había a su lado,

—Hijo, siéntate, por favor—tomó la mano de su esposa y la besó en la palma, así le decía que la amaba, y que lo haría siempre. Era un hombre de pocas palabras, pero su Yvette sabía interpretar sus gestos a la perfección.

Miró de nuevo a su hijo, no parecía enfadado, al contrario que Gunnar, cuando se fue años antes. Rognvald, sin embargo, tenía la mirada más triste que le había visto nunca. Debía tener poderosas razones para marcharse, porque siempre le había gustado vivir en la granja con ellos. Erik siempre pensó, que la mujer que lo enamorara tendría que venir a buscarlo.

Rognvald se sentó tras unos segundos de indecisión, era como si temiera que le convenciera. Erik mantuvo el tono de voz tranquilo, no quería que ocurriera lo mismo que con Gunnar, cuyo enfado había provocado que no se hablasen durante años.

—Hijo ¿qué te pasa? —su pequeño apartó la mirada, miró su pelo

rubio y sus ojos azules, que le recordaban siempre a su propia madre. Una esclava violada por un jarl extranjero, de quien él mismo escapó en cuanto pudo. Volvió a mirar a su esposa,

—Yvette, dime qué ocurre aquí, tengo derecho a saberlo—ella le miró mordiéndose los labios. Todavía mantenía esa costumbre, igual que cuando la conoció, y la raptó. Seguía teniendo una salvaje melena negra, ya salpicada por algunas canas, y los ojos violetas que le habían enamorado en cuanto los vio por primera vez, y que, ahora, le transmitieron desesperación. Pero Yvette no podía contarle nada, debía hacerlo su hijo,

—Rognvald, por favor, habla con tu padre, no tienes nada de qué avergonzarte, no es culpa tuya. Ojalá pudiéramos hacer algo...—se calló antes de decir demasiado, no le correspondía a ella hacerlo. Su hijo no quería darle ese disgusto a su padre, pero no tenía más remedio.

Rognvald los miró a los dos, y asintió, respirando hondo. Sabía que su padre no admitiría su verdadera decisión, así que no le contó toda la verdad,

—Padre, hace varias semanas que no estoy bien, —Erik apretó la mandíbula, sabía lo que iba a decir. Había esperado no escuchar esas palabras de ninguno de sus hijos, pero la vida era terrible en muchas ocasiones, y él había sido muy afortunado durante muchos años. Apretó la mandíbula, preparado para lo peor— he tenido varios... episodios de locura, el berserker es muy fuerte en mí, y no he podido controlarme. En uno de ellos, volví del bosque sin el caballo, lleno de sangre—miró a Erik con miedo en los ojos— creo que maté a un animal, pero no recuerdo lo ocurrido. En la siguiente ocasión, madre me encontró en el pasillo, gruñía como una bestia salvaje, y los ojos y la voz me habían cambiado. Tú mejor que nadie, sabes lo que significa— su padre abrió los ojos asombrado, no conocía ningún caso de

transformación que luego hubiera remitido.

Yvette había alargado la mano, y había cogido la de Rognvald apretándola, a pesar de que su mano era la mitad que la de su hijo, al que intentaba consolar.

Erik, hundió los hombros, solo había una solución para lo que le ocurría, encontrar a su compañera, su andsfrende. Pero mientras tanto, su hijo podía transformarse en un monstruo. Ahora sí entendió que quisiera irse.

—¿Qué quieres hacer? —Rognvald miró a su padre y le sonrió, no quería que sufrieran por él.

—Tengo que irme padre, aquí hay demasiada gente. Puedo herir o matar a alguien sin querer, y si fuera a alguno de vosotros, no me lo perdonaría. He pensado ir a visitar a Gunnar. Cuando fuimos a verle, me pareció una isla bastante solitaria, y él puede ayudarme—le pareció una buena excusa. Erik le miró a los ojos, y vio algo en ellos que hizo que apretara los dientes, pero no dijo nada. Entendía los motivos de su hijo, aunque le hicieran sangrar por dentro. Él tampoco permanecería junto a su familia, en esas circunstancias.

—Lo entiendo hijo, lo entiendo—miró a su mujer, que le sonrió llorosa. Su maravillosa y valiente esposa. ¡Qué afortunado había sido al encontrarla! —¿cuándo quieres salir?

—Mañana mismo, pero quiero que los hombres que me acompañen vuelvan todos con el barco. Yo me quedaré solo allí, no quiero a nadie cerca—su padre abrió la boca para protestar, no podía enviar a ninguno de sus hijos sin protección o ayuda a otras tierras, al otro lado del mar. Pero Rognvald insistió, hasta que consiguió que cediera.

Cuando se pusieron de acuerdo, se levantaron para comenzar a preparar la salida, quedaba mucho que hacer, y muy poco tiempo.

Gunnar estaba harto de posar para el dichoso busto, ¿a él qué le importaba, que hubiera una escultura con su cara en la casa?

Pero a Lynnae sí le importaba, quería un busto de él, y Gunnar con tal de que ella fuera feliz, posaba todos los días una hora para el dichoso busto. Era patético, y él lo sabía.

Su esposa volvió a colocar su cara por cuarta vez, para que estuviera en la misma posición, con una sonrisa, y le dijo:

—Por favor Gunnar, hazlo por mí, cuando vengan los niños no tendré tiempo de esculpir. Quiero hacerte este regalo, y que todo el mundo, cuando seamos viejos, vea lo guapo que has sido siempre— Gunnar la miró divertido, sólo ella podía verle guapo, a pesar de la terrible quemadura que deformaba la mitad de su cara. Pero para su mujer, era como si esa deformidad no existiera.

—Perdone, señor—los dos se volvieron hacia el soldado que les interrumpía, Gunnar se levantó para acercarse a él.

—¿Ocurre algo? —

—Se acerca un jinete, está a punto de llegar al portón—Gunnar asintió, cogió su espada, y besó en la mejilla a su mujer, diciéndole,

—Espera aquí—Lynnae se adelantó para ir con él, pero él levantó una mano y negó con la cabeza. Primero tenía que estar seguro de que no había ningún peligro.

Al principio, por la distancia, no lo reconoció, pero, en cuanto pudo ver su cabeza y la postura de los hombros, supo que era su hermano. Con el que más había peleado, reído y cabalgado en casa de sus padres, no pudo evitar que una sonrisa enorme le cruzara la cara, mientras esperaba que llegara junto a él. Rognvald había venido a visitarles, ¡por fin!

Rognvald respiró profundamente algo más tranquilo, había

conseguido contenerse, sin atacar a nadie, durante la travesía y ya había llegado a las tierras de su hermano. Si fuera necesario, le podía encerrar. En la visita anterior, había visto mazmorras en los sótanos del castillo. Bajó del caballo, y sonrió, por primera vez en semanas, contento de ver a su hermano más querido. Se abrazaron con fuerza, y en silencio. Gunnar, al que siempre había estado muy unido, se separó de él, y observó su cara, receloso. Frunció el ceño preocupado, siempre había sabido cuándo le ocurría algo.

—Ven, entremos dentro, estoy seguro de que tienes muchas cosas de las que hablar—él asintió, aunque estaba muy cansado. Llevaba varios días sin dormir bien, por miedo a transformarse en pleno sueño.

Lynnae estaba esperándoles en la entrada, y se abrazó a su cuñado muy contenta, sabiendo lo feliz que haría a su marido esa visita. Rognvald sonrió divertido, al ver a su cuñada revolotear por el pasillo, dando órdenes para que prepararan su habitación, y algo de comer.

—Tu mujer, a tu lado, parece un hada, es tan pequeña—Gunnar observó a su esposa orgulloso de su belleza, era rubia, con los ojos marrones, al contrario que él, que igual que su madre, tenía el pelo negro y los ojos violetas.

Nilsa, la pinche de la cocina, vino a traer al invitado una jofaina con agua, jabón y una toalla, una antigua costumbre, para mostrar cortesía a un invitado, y darle la bienvenida. Rognvald, agotado, se lavó las manos del polvo del camino, y se secó, dejando la toalla en manos de aquella mujer. Rozó sus dedos al hacerlo, y frunció el ceño, había sentido un chispazo en su interior. La miró, pero ella mantenía la mirada baja, y se fue tan silenciosamente como había venido.

—¿Quién es? —Gunnar la miró sonriente.

—Es Nilsa, desgraciadamente es muda, ella y Lynnae son muy buenas amigas—asintió y siguió mirando hacia el pasillo, por donde

había desaparecido. Era una muchacha alta y delgada, con el pelo castaño, pero no había podido ver su rostro. Había sentido algo extraño cuando sus dedos la habían rozado, notó que los ojos se le cerraban sin querer, no era capaz de pensar en nada ahora mismo. Necesitaba dormir.

—Pareces cansado, sé que quieres hablar, pero creo que lo primero es que comas algo y te acuestes. Luego hablaremos, si te parece—Rognvald asintió.

—Estoy agotado, no he dormido casi nada desde que salimos. Si no te importa hermano, prefiero ir directamente a la cama, aunque me gustaría darme un baño antes.

—Por supuesto, acompáñame—Gunnar se enorgullecía de haber modernizado el castillo. Entre otras cosas, había una habitación para bañarse, sólo había que traer los cubos con agua. La bañera siempre estaba preparada, así como jabón, toallas, y todo lo necesario para darse un buen baño. Dejó allí a Rognvald, mientras él mismo iba a la cocina a por un par de cubos, ya que la mayoría de los criados estaban en el campo recogiendo la cosecha. Rognvald cuando le vio trayendo agua, le acompañó a por más, y llenaron la bañera entre los dos. Gunnar le dio una palmada en el hombro, y salió para dejar que se bañara a gusto,

—Tómate el tiempo que necesites, te espero en el salón que hay junto a la entrada—su hermano asintió, comenzando a desnudarse.

Cuando entró en el salón, un rato después, tenía un plato de comida caliente, esperándole junto al fuego. A pesar de lo que había dicho, lo devoró con ganas. Después, Gunnar le acompañó a su habitación, como siempre, le entendía mejor que nadie.

Lynnae al volver de la cocina, encontró a su marido en el salón, sentado, con una copa de hidromiel en la mano, con la mirada perdida. Se acercó a él preocupada:

—¿Qué ocurre? —él sonrió triste, sus ojos habían visto algo, que nunca habría querido ver,

—Mi hermano no quiere seguir luchando, le conozco bien. Siempre sabíamos lo que el otro pensaba. En cuanto he visto sus ojos, lo he sabido. Su visita no es para saber cómo estamos, ni para pasar unos días con nosotros. Es algo peor—dijo un trago a la bebida. Su esposa le cogió la mano y la besó. Él tiró de ella y la sentó en su regazo, abrazándola con fuerza, y escondiendo la cara en su cuello. Lynnae le abrazó, acariciando su nuca, intentando que se calmara, sabía cuánto quería a Rognvald.

—Te quiero Gunnar—susurró en su oído—pase lo que pase estaré a tu lado, siempre—él asintió respirando su olor en su cuello, permanecieron así mucho rato.

Rognvald se despertó sintiendo que había pasado varias horas durmiendo. Tenía el cuerpo helado, se había desnudado, aunque no recordaba haberlo hecho. Se sentó en la cama, y apoyó, un momento, la cabeza en las manos, mirando el suelo. No podía seguir así, era imposible. Tenía que hablar con Gunnar. Sus tripas interrumpieron sus reflexiones, pidiendo comida, por lo que se levantó.

Cuando estuvo vestido salió hacia el salón, pero escuchó unos ruidos a su izquierda, y siguiendo un impulso, cambió de rumbo. Era la cocina, y allí estaba la chica que le había llevado el agua el día anterior. Entró sin hacer ruido, quería ver bien su cara, tenía que hacerlo. Sintió algo parecido a un latido, crecer dentro de él, al acercarse a ella.

Nilsa removía las gachas del desayuno. Seren, la cocinera, había ido a por unas hierbas, y le había dicho que no dejara de hacerlo, para que no se pegaran. Estaba haciéndolo, cuando notó cómo le agarraban de la trenza por detrás. Se volvió y vio al hermano gigante de Gunnar, que la miraba como si nunca hubiera visto una muchacha.

Se enrolló la trenza en el puño y la atrajo hacia su cuerpo, Nilsa intentó, entre jadeos, que él soltara su pelo, pero no lo consiguió. Cada vez la acercaba más, hasta que sus cuerpos estuvieron pegados, entonces, él soltó su pelo para enlazarla por el cuerpo, y la observó. Su gesto era serio, tenía la piel muy blanca y sus ojos eran de color miel.

—¿Quién eres? —ella negó con la cabeza, para decirle que no podía hablar. Pero a él no pareció importarle, agachó la cabeza y le lamió los labios. Ella comenzó a temblar y empujó su pecho con las manos para separarse, pero no pudo hacerlo, él era demasiado fuerte.

Rognvald sintió que se excitaba sólo con su olor, acercó su nariz a la frente de la muchacha y la olió, continuó haciéndolo por su pelo, y bajó hasta su cuello. En la unión entre su cuello y su hombro, tuvo que volver a lamerla, era tan deliciosa que la mordió, al principio suavemente, luego más fuerte, hasta dejarle marcados los dientes. Ella gimió, y él levantó la cabeza sorprendido, al escuchar su voz porque creía que era muda, entonces les interrumpieron,

—Señor, perdone—Seren los miraba asombrada, también se fijó que Nilsa no luchaba por separarse, por lo menos en ese momento.

Rognvald se separó bruscamente de ella, como si se hubiera despertado de un sueño, y la miró por última vez antes de marcharse, con una promesa en los ardientes ojos azules. Luego se fue.

Seren se acercó a Nilsa y comenzó a preguntarle qué había ocurrido, pero la muchacha no quiso contestar a ninguna de sus preguntas. Ella misma no se explicaba lo que había pasado.

Gunnar reía por los intentos que hacía su esposa, de hacer trampas jugando al ajedrez, ya que, sin trampas, ella misma reconocía, que no podía ganarle. De reojo vio a su hermano en la entrada esperando, y le hizo una seña

—¡Ven Rognvald!, ¡creíamos que no te despertarías nunca! —

Lynnae sonrió a su cuñado cuando llegó junto a ellos, y se levantó de la silla diciendo,

—Siéntate por favor, has dormido muchas horas, seguramente estarás hambriento, te traeré algo—desapareció hacia la cocina, traería el plato y luego se iría. Creía que los dos hermanos hablarían mejor a solas. Rognvald esperó a que se fuera antes de decir a Gunnar,

—Hermano háblame de Nilsa—su hermano le miró extrañado, no esperaba que aquella muchacha llamase su atención. Era bonita, pero a la mayoría de los hombres, seguramente por su mudez, les pasaba desapercibida.

—No sabemos demasiado de su vida anterior, solo que es una buena chica, y que, no habla—Rognvald asintió, todavía con las entrañas llenas de aquel fuego, que había sentido junto a ella. No recordaba haber sentido nunca nada parecido, pero era cierto que, con el berserker en semejante estado, sus sentimientos no eran muy de fiar. Su hermano continuó hablando,

—¡Ah!, y algo importante, la pretende uno de mis soldados, Oleg, un buen hombre, es viudo y con dos hijos.

—Es muy joven para casarse—Rognvald, irracionalmente, se sintió ofendido al saber, que estaba tonteando con otro hombre.

Gunnar le miró asombrado, pero no supo qué contestar. Con la edad de Nilsa, las mujeres ya se habían casado, y en ocasiones, tenían hasta dos o tres hijos.

Rognvald se quedó mirando el fuego, a pesar de que todavía era verano, en el castillo hacía fresco.

—Toma, aquí lo tienes—Lynnae le había traído un plato de guisado, pan, bebida, y una cuchara, y lo dejó todo frente a él, junto con un trozo de tela. Rognvald sonrió al ver la servilleta, su madre les había enseñado, desde pequeños, a limpiarse mientras comían y al terminar. Por lo visto, la mujer de su hermano era igual. Era una

práctica que no era común entre los vikingos.

—Siéntate con nosotros, por favor—se sentiría mal si su amable cuñada se retiraba por su presencia.

—¡No te preocupes, de verdad!, iré a cotillear con Nilsa y con Seren, casi nunca puedo hacerlo por culpa de tu hermano—sacó la lengua a su marido burlescamente, y desapareció. Rognvald se quedó mirando la sonrisa enamorada de su hermano.

—Has tenido suerte—dijo antes de meterse una cucharada en la boca. A pesar de lo terrible de sus circunstancias, tenía hambre. Su hermano afirmó con la cabeza y le miró. Al hacerlo, la sonrisa se borró de su cara.

Esperó a que su hermano comiera. Mientras, ambos hablaban de cosas que no les interesaban a ninguno de los dos. Nilsa vino al rato para llevarse las cosas, y se quedó un poco apartada sin atreverse a acercarse. Entonces, Rognvald la miró, y cuando lo hizo, ella se ruborizó y bajó la vista, y él sintió que se excitaba como nunca. Se removió incómodo en la silla, sin poder creer lo mal que tenía la cabeza. Con una pobre chica, que era poco más que una niña...

—Nilsa, ven, puedes recogerlo si quieres—su hermano la hablaba como si pudiera entenderle. Esperó a que se fuera, para preguntar,

—La hablas como si pudiera oírte—Gunnar rio, como si fuera una broma antigua,

—A todos nos pasa lo mismo, es muda, pero no sorda. De hecho, me dijo Seren, la cocinera, que, en algunas ocasiones, la ha escuchado decir algo, a veces da pequeños gritos...—se encogió de hombros, no tenía nada en contra de Nilsa, pero quien le interesaba era su hermano.

—Y ahora, cuéntame que te pasa, debe ser grave para haberte ido de Brattahild. Siempre pensé que te quedarías por allí, quizás en otra granja cercana cuando formarás una familia...—su hermano volvió a mirar el fuego, hasta que comenzó a hablar.

—Hace tiempo que, en mi interior, avanza la oscuridad, ya sabes lo que es—Gunnar asintió, y se inclinó hacia delante preocupado, él mismo la había sufrido hasta encontrar a su Lynnae.

—Continúa.

—Desde hace semanas, hago cosas de las que luego no me acuerdo, y mientras las hago, el berserker es el que posee mi cuerpo, estoy seguro—su hermano palideció, y su tensa cara evidenciaba la preocupación que sentía.

—¿Qué cosas?

—No lo sé, una vez madre me encontró gruñendo como un animal, y medio transformado—su hermano puso cara de asombro, ninguno de sus hermanos, ni su padre siquiera, se habían llegado a transformar—y la otra, volví del bosque lleno de sangre, sin armas, debí matar a un animal con mis manos—Gunnar volvió a asentir, preocupado.

—Entiendo, y por dentro ¿cómo te sientes? —Rognvald se encogió de hombros,

—Cada día estoy más convencido de que no lo lograré, y de que tendrán que matarme después de haber matado alguien, por eso me he ido de casa de nuestros padres. No soportaría hacerles daño, o que vieran en lo que me estoy convirtiendo. Necesito tu ayuda.

—¡No! —negó con la cabeza—¡no puedes pedirme eso!

—Gunnar, por favor, eres mi última esperanza—suplicó.

—¡No!, no lo haré hermano— se levantó y se quedó junto al fuego, mirándole de frente, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Lo prometimos, dijimos que, si cualquiera de los dos lo necesitaba, el otro le ayudaría a morir—pero Gunnar seguía negando con la cabeza.

—Fue una promesa estúpida de dos chiquillos que no sabían lo que era la vida.

—Yo no pienso así—Rongvald volvió a abrir la boca para replicar, pero Gunnar volvió a sentarse y levantó su mano

—Hermano, siempre has confiado en mi don con las runas, ¿no es cierto? —el otro asintió

—Bien, déjame que te las eche, no noto en ti tanta oscuridad como dices que sientes dentro. Sí he notado que ha crecido, pero todavía hay solución.

—Está bien, pero no puedes mentirme.

—De acuerdo—se levantó para coger sus runas preferidas, las talladas por Lynnae.

Llevó el saquito a la mesa, y las volcó, las removi6 y realizó una primera tirada. Lo que vio no le gustaba, parecía dar la razón a su hermano, pero realizó tres, como hacía siempre. Se quedó pensativo un momento, mientras las imágenes pasaban por su cabeza.

—¿Y bien? —su hermano le miró, muy serio.

—Es cierto que la oscuridad ha avanzado y es peligrosa, pero hay esperanza, aunque tendrás que luchar para conseguir que ella sea tuya. Hay una dificultad grande entre vosotros, aunque no sé cuál es.

—¿Ella? —Gunnar asintió

—Tu andsfrende existe—Rognvald agrandó los ojos— y está cerca. Debes esperar, la encontrarás, pero ten abierta la mente. Deberás luchar por ella, creo...—dudó antes de continuar, y volvió a mirar las piedras, suaves y brillantes—creo que está en un gran peligro.

Rognvald se echó hacia atrás en la silla at6nito, no se esperaba estas palabras.

—Pero no puedo quedarme aquí...—había demasiada gente, Gunnar asintió, le entendía perfectamente, pensó unos momentos.

—Tengo unas tierras en el centro de la isla, están deshabitadas, excepto por un monasterio de monjes cistercienses que estoy seguro de que no te molestarán. Hay una casa, una cervecería abandonada, y

un almacén. Y un río que cruza la zona, además de abundante caza en el bosque. ¿Te interesa?

Estando solo, no podía hacer daño a nadie, podía ser la solución, por lo menos, de momento, asintió lentamente,

—Tienes que dejarme unos días para que prepare todo, por cierto, ¿quieres llevarte a algún criado?

—¿Estás loco?, me voy yo solo, ¿y cómo se llama aquél sitio?

—Roma—Gunnar sonrió, porque él había puesto la misma cara, cuando le habían dicho el nombre de aquel lugar abandonado, que le pertenecía.

DOS

Nilsa se despertó, en su cama, por el ruido de una puerta al cerrarse, su corazón comenzó a latir deprisa, y se levantó para ver quién era. No encontró nadie en el pasillo, y fue a la cocina donde siempre había un cubo de agua, para beber un vaso. Estaba todavía bebiéndolo, en camisón, sin zapatos y temblando por el frío de las piedras del suelo, cuando escuchó un ruido. Del susto se le cayó el vaso al suelo, desde que era niña era muy miedosa.

—Hola Nilsa, tranquila—era el extranjero, el hermano de Gunnar, que caminaba hacia ella. Se apartó de su camino, atemorizada, y pisó los cristales, soltando un gemido bajito. Él lo vio, y la cogió en brazos rápidamente, sentándola en la mesa de la cocina,

—Quédate aquí un momento—estaba temblando, aunque no por el frío, sino porque no quería estar a solas con aquel hombre, le hacía sentir cosas que no había sentido antes.

Rognvald cogió un trapo de la cocina, y lo mojó en el cubo del agua para limpiar la herida, y lo escurrió sobre el pie de Nilsa que mantuvo en su mano. Luego, se sentó frente a ella. Nilsa debió tirar del pie, inconscientemente

—Estate quieta, por favor, solo quiero quitarte el cristal—la miró un momento, pero enseguida volvió su atención a la herida, de donde retiró el cristal rápidamente. Ella a pesar de la rapidez, sintió dolor, pero no se quejó, él terminó de limpiarle la herida, y se la vendó con el trapo escurrido.

—De momento aguantará, te llevaré a tu habitación—ella negó con la cabeza, e intentó bajar para irse sola. No quería que volviera a cogerla en brazos, pero él no hizo caso y cargando de nuevo con ella, le preguntó,

—¿Por dónde? —ella señaló el pasillo de la derecha, la última puerta era la suya. La primera, era de Seren, la cocinera.

—¿Tienes frío? —estaba preocupado por cómo temblaba, ella negó con la cabeza, deseando que se fuera y la dejara sola. Rognvald hizo que se deslizara suavemente hasta el suelo, para que no se hiciera daño en el pie.

—Acuéstate, le diré a mi hermano lo que te ha ocurrido, y que no puedes trabajar—Nilsa negó con la cabeza para que no dijera nada, él entonces se fijó en su pelo suelto, y cogió un mechón entre sus dedos. A la luz de la vela, parecía cobrizo y dorado, no el castaño que se veía cuando llevaba la trenza. Era sedoso y se deslizaba por su mano, como si tuviera vida propia.

—Es precioso—ella agrandó los ojos, asustada al escucharle, e intentó echarse hacia atrás. Él la sujetó, enfadado, porque ella había apoyado el pie, y volvía a sangrar—¡no hagas eso!, ¡te estás haciendo daño! —Nilsa no pudo soportar más la tensión, y rompió a llorar.

Rognvald no entendía nada, pero no podía escucharla llorar, por lo que se sentó en la cama, y la colocó encima de sus piernas. Ella luchó durante unos segundos, pero, a pesar de ser una mujer alta, no era rival para la estatura y la fortaleza de él. Por fin dejó de luchar, principalmente porque él había sujetado sus manos con una de las suyas, y con la otra la abrazaba para pegarla a su cuerpo,

—No llores Nilsa, conmigo estás a salvo. No debes temerme—en ningún momento había pensado decir esas palabras, no sabía de dónde habían salido—siento que alguien te ha hecho mucho daño, me gustaría que algún día confiaras en mí lo suficiente para contármelo—ella se quedó rígida un momento al oírle, y a continuación, siguió llorando con el mismo abandono que una niña pequeña.

Él se sintió en paz por primera vez en meses, teniendo a aquella mujer en sus brazos. Aprovechó para inspirar profundamente, para

guardar su olor en los pulmones. Olía a verano, a sol, no sabía que hubiera alguien que oliera así. Era su olor preferido, le recordaba a su infancia, a sus juegos en el campo con sus hermanos. Acercó la nariz a su coronilla, e inspiró de nuevo, y cerró los ojos sonriendo. Estuvieron unos minutos así, hasta que notó que ella había dejado de llorar, por cansancio seguramente, y se había quedado con la cabeza apoyada en su hombro,

—¿Te encuentras mejor? —había soltado sus manos rato antes, al ver que ya no peleaba. Ella asintió, él inclinó la cabeza para poder ver sus ojos, pero ella los apartó—está bien, ahora ¿te meterás en la cama? —dejó que se levantara, y él hizo lo mismo. Entonces, ella, mirándole continuamente, porque no se fiaba, se metió dentro de las sábanas. Él se agachó un poco, no demasiado para que no volviera a asustarse.

—La próxima vez que nos veamos, no me tendrás tanto miedo ¿de acuerdo? —ella dudó unos segundos, y luego asintió. Él acarició su mejilla, notando que estaba rígida, seguramente esperaba que la atacara—suspiró— y se despidió,

—Adiós Nilsa—y se fue.

Nilsa se despertó contenta, porque ese día tenía la mañana libre. Como el resto de los sirvientes, una vez a la semana podían librar medio día. Oleg iba a venir a buscarla, era la primera vez que iban a salir de la fortaleza. Lynnae vino a ayudarle con el pelo, también quería que se pusiera un vestido suyo. Le entrelazó unas cintas en las trenzas, y le dejó su espejo para que pudiera mirarse. Nilsa no tenía ninguno, y habitualmente no se podía ver. Su imagen le recordó a su madre, era muy parecida a ella. Su corazón dolió un poco recordar, hacía demasiados años que estaba sola. Por eso apreciaba tanto cualquier amistad, como la de Lynnae o la de Oleg. Lynnae la cogió de la mano

para llevarla hacia el salón,
—Vamos, te está esperando allí.

Rognvald se sintió obligado a controlarse para no retorcerle el cuello con las manos. Sabía que era irracional, aquel hombre no le había hecho nada, y no tenía porqué odiarle. Pero lo hacía, más de lo que hubiera creído posible. Gunnar, al ver su aspecto, le lanzaba, de vez en cuando, una mirada extrañada, y hablaba con Oleg, el soldado que esperaba a que saliera Nilsa.

La muchacha entró con Lynnae. A Rognvald le parecía que estaba preciosa, llevaba un vestido azul que resaltaba su figura, delgada pero voluptuosa. Se había peinado con dos trenzas, como solían hacer las chicas solteras, la excitación había pintado de color sus mejillas, y hacía que sus ojos chispearan. Oleg no pudo evitar decir,

—¡Nilsa estás guapísima! —ella sonrió algo avergonzada.

Rognvald se sintió humillado, al verla sonreír a aquel hombre. No entendía su propia reacción, pero era lo que sentía. Se obligó a no mirarlos, y se quedó de pie mirando fijamente los restos del fuego, hasta que se fueron.

Nilsa le miraba de vez en cuando, nerviosa, Oleg la había cogido por la cintura, mientras bromeaba con Gunnar. Pero Rognvald no los miraba, al entrar en el salón, le había visto la cara, parecía furioso y ella se sentía inexplicablemente culpable. Lynnae se acercó a ella, y le susurró en su oído, aprovechando que Oleg estaba hablando con Gunnar,

—¿Qué te ocurre? —Nilsa miró a Rognvald porque no podía dejar de hacerlo, Lynnae siguió su mirada y frunció el ceño al ver la expresión de su cuñado. Se quedó muy sorprendida, y obligada a justificarle, aunque no entendía lo que le pasaba—no te preocupes por él, está pasando una mala racha—sonrió a Nilsa que le devolvió la sonrisa—

Disfruta mucho, me ha dicho Oleg que te va a llevar al pueblo, y que comeréis por ahí.

Nilsa sonrió entusiasmada, nunca había comido en ningún sitio, fuera del castillo. Abrazó a su amiga emocionada y Oleg esperó pacientemente para llevársela. Salieron los dos, siendo observados por Gunnar y Lynnae.

Rognvald había asistido a la sonrisa y el abrazo que había compartido con Lynnae, con algo asquerosamente parecido a la envidia, por lo que pensó que debía de estar volviéndose loco. Cuando los vio salir, tuvo que contenerse para no gruñir furioso, y salir tras Oleg para arrebatársela.

Gunnar se acercó después de despedir a la pareja,

—¿Qué ocurre? —no supo qué decir, su interior era una mezcla de sentimientos confusos, que no había sentido antes. Pero le daba miedo que el berserker volviera a tomar posesión de su cuerpo, como había ocurrido en casa de sus padres. Gunnar decidió que le vendría bien algo de ejercicio,

—¡Vamos a montar un poco Rognvald!, hace mucho que no tengo a nadie, que monte bien de verdad, con el que pueda echar una carrera —Rognvald susurró una respuesta afirmativa, aún con la vista fija en la salida por donde se había marchado ella. Cualquiera cosa con tal de quitársela de la cabeza.

Oleg la llevó a Visby, el pueblo que había junto al castillo, y recorrió todas sus calles por primera vez, solamente había ido alguna vez con Seren o con Lynnae al mercado. Las casas, al ser verano, estaban adornadas con flores y plantas, lo que les daba un aspecto muy alegre. Estuvieron paseando por el puerto, viendo los barcos que había atracados, y fueron caminando hasta el mercado donde las mujeres cosían y vendían todo tipo de cosas, desde pulseras de piel,

hasta cestos, incluso ropa.

Nilsa nunca se había comprado nada, para ella, que no fuera necesario, como ropa o zapatos. Por primera vez, pensaba gastar parte de su paga en algo que no necesitara, algo que, simplemente, le gustara.

Se paró frente a una anciana que estaba sentada en el suelo, con una manta extendida, encima de la que había varias pulseras de piel. Se agachó para coger una de ellas, la mujer sonrió mientras seguía puliendo una piedra,

—¿Te gusta ésa? —Oleg habló junto a su oído, ella asintió, mientras observaba el dibujo que habían grabado en el centro de la piel. Era la cabeza de un oso que rugía enfurecido. Algo en él le llamó la atención, mirándolo más de cerca, se dio cuenta de que le habían pintado los ojos de azul, entonces la recorrió un escalofrío de reconocimiento. Cogió la bolsa que llevaba colgada de la cintura para pagar, pero Oleg la detuvo con la mano,

—Espera, déjame que la pague yo—ella dudó un momento, no le parecía muy bien, pero luego asintió volviendo a mirar la pulsera. No podía separar la vista de esos ojos enfurecidos, eran iguales que los de él. Sonrió a la anciana vendedora para darle las gracias, pero ella le hizo un gesto para que no se fuera todavía,

—Acércate un momento hija—se inclinó hacia la mujer, mirando la cara llena de surcos, y el pelo blanco—esa pulsera es la representación de un berserker, mi marido lo era—suspiró—seguramente será una casualidad que la hayas elegido, pero si no lo es, recuerda siempre que el oso es el animal más fiero, pero también el más noble de nuestra mitología—Nilsa se irguió entendiendo. Oleg, que no había escuchado la conversación, le ató la pulsera, y cogiéndola de la mano, porque ya empezaba a haber mucha gente, se fueron a comer.

Lo hicieron en la única taberna del pueblo, sentados en un rincón

donde había menos jaleo. Ese fue el momento que eligió Oleg para hablar con ella. Ella le observó atentamente, cambiaba mucho sin el uniforme. Era más mayor que ella, pero aún atractivo, tenía su misma altura, era rubio y con los ojos oscuros.

—Nilsa—estaba nervioso. A pesar de su edad, esa mujer conseguía que se sintiera, como un chiquillo en su presencia—hace tiempo que quiero hablar contigo—ella sonrió, había pasado muchos ratos paseando con él, junto al castillo. Sabía que era un hombre del que se podía fiar—sabes que tengo dos hijos, hasta ahora los ha cuidado mi hermana, desde que su pobre madre murió, pero ahora ella se va a casar, y se va del pueblo, porque su futuro marido no es de aquí—suspiró— Como es normal, tendré que hacerme cargo de mis hijos, y he pensado casarme.

Nilsa abrió los ojos como platos, esperando sus siguientes palabras,

—Es muy repentino, y aunque casi no nos conocemos, yo sé que eres una buena mujer, y tú sabes que yo nunca te haré daño. Pero hay algo más, nunca pensé que volvería a sentir algo por una mujer, como lo que sentía por mi esposa, pero tú has conseguido que vuelva a hacerlo.

Nilsa le miraba dando gracias, por primera vez en su vida, por no poder hablar, porque no sabría qué contestarle.

—Sé que tienes que pensarlo, no te preocupes, pero me gustaría que lo hicieras, ¿lo harás? —ella asintió una vez, deseando volver al castillo.

Ahora que sabía lo que Oleg sentía, no estaba a gusto a solas con él. Nunca había pensado que sintiera por ella, algo más que una amistad, a pesar de lo que le había dicho siempre Lynnae, avisándola del enamoramiento del soldado hacia ella.

Por suerte, volvieron al castillo dando un paseo, después de

comer, y él solo le cogió la mano como despedida, cuando ella estaba a punto de entrar. Al pasar el umbral, se quedó quieta un momento, ya que la oscuridad era total en la entrada, en contraste con la calle, y no veía nada. Algo dentro de ella, le decía que corriera, pero no hizo caso, y alguien la cogió una muñeca, atrayéndola hacia un cuerpo poderoso.

Rognvald llevaba todo el día pensando, en lo que aquel hombre podría estar haciendo con ella, y esperándola. De nada había servido el paseo de dos horas a caballo con su hermano, con carrera incluida. Ni el baño en el agua helada del río, porque salió igual de enfadado que cuando entró. Desde hacía más de una hora, estaba en la entrada, escondido en la oscuridad, esperando, sintiendo que su furia crecía por momentos. Hasta que, por fin, había llegado.

Ahora que la tenía frente a él, sujeta a él, no sabía dónde llevarla, aquella no era su casa, y podían encontrarles en cualquier momento. Observó la cara de la muchacha, tenía las pupilas agrandadas, y respiraba agitadamente. Al contrario que ella, él, gracias a su maldición, veía perfectamente en la oscuridad.

—Tranquila muchacha, no te haré daño—a pesar de su enfado con ella, sentía la necesidad de calmarla para que no sufriera, pero ella no hacía caso. Rognvald olía su miedo. Quizás fuera por su voz, que había enronquecido, como le pasaba cuando el berserker dominaba su mente.

Tiró de ella decidiendo llevarla a su habitación, por suerte, no se encontraron a nadie por el pasillo. Una vez dentro, la soltó, y ella se sujetó la muñeca con la otra mano, frotándola, entonces él se fijó en la pulsera, frunció el ceño al verla, y se acercó.

—Déjame verla—señaló la pulsera, ella levantó la mano lentamente para que la viera.

Rognvald al ver la cara del oso, retrocedió un paso aturdido y volvió a mirar a la muchacha. Tomó de nuevo su mano y con el dedo

índice, siguió los rasgos del animal, que rugía con aquellos ojos azules inconfundibles, los de un berserker. Luego, le dijo,

—Vete—ella salió corriendo de la habitación, dejándole con muchas más preguntas que antes.

Ella llevaba en su muñeca la representación de un berserker, como hacían antiguamente las andsfrendes, las compañeras, pero, además, muy pocos sabían que, en su casa, su familia y amigos, a Rognvald le llamaban oso cariñosamente. Se sentó en la cama y se quedó mirando fijamente el fuego, más aturdido que nunca en su vida.

Esa misma noche habló con Gunnar, no le dijo toda la verdad, pero no hizo falta. Al día siguiente, los dos estuvieron de acuerdo, se iría a Roma, al centro de la isla, tenía mucho en qué pensar, y prefería estar a solas para hacerlo sin distracciones.

TRES

Al otro día, cuando supo que se había marchado, se sintió abandonada, aunque ella misma no entendía por que. Los días siguientes, cada vez que sonaba la puerta de la entrada, su corazón se aceleraba, pensando que era él. No le dijo nada a nadie, a pesar de que Lynnae en alguna ocasión había intentado hablarle sobre Rognvald, pero ella solía irse, o no prestar atención. Tenía demasiado lío en la cabeza.

Cuando sí escuchó a su amiga, fue cuando le habló sobre la propuesta de Oleg, él se lo había contado a Gunnar, y también le había dicho que esperaba una respuesta pronto. Nilsa, negó con la cabeza para que Lynnae conociera sus sentimientos,

—Comprendo—suspiró, porque le había dicho a Gunnar, que no creía que Nilsa aceptara a Oleg— de todas maneras, nadie espera que contestes tan pronto. Si quieres, le diremos que lo tienes que pensar unos días, por si cambiaras de opinión—ella no creía que eso pudiera ocurrir, pero accedió.

Dos semanas después, volvía de ordeñar a las vacas, cuando Seren, la cocinera salió a buscarla al camino. Parecía muy nerviosa, sus mejillas estaban rojas, y el pelo blanco se le había salido del pañuelo, con el que se cubría la cabeza,

—¡Corre!, ven, ¡han venido a visitarte!, deja los cubos aquí, luego los recogeremos, ven—la cogió de la mano, tirando de ella hacia la casa.

Seren, a pesar de su edad, casi corría, emocionada por dar una alegría a aquella muchacha que todos creían sin familia, y, a la que, por primera vez en años, habían venido a ver. La llevó junto a Gunnar y

Lynnae, que hablaban con los tres visitantes. Nilsa sonreía aturdida, dejándose arrastrar, confiada, por Seren. La anciana anunció su presencia, y los hombres se volvieron, mientras que Lynnae, emocionada, se acercaba a ella,

—¡Ya está aquí! —todos sonreían, Lynnae le dio un abrazo rápido antes de decir:

—¡Nilsa!, ¡que alegría!, han venido a verte tu tío Horik, y tus primos, Rollo y Tjelvar. Ya les hemos dicho, que creíamos que no te quedaba familia—señaló con la mano a los tres hombres morenos con ojos negros, que sonreían acercándose.

Nadie esperaba que Nilsa comenzara a temblar, y soltara un aullido, como no la habían oído hacer nunca. Retrocedió varios pasos, mientras miraba fijamente a Horik, a pesar de que Lynnae, que no entendía nada, intentó sujetarla. Entonces su tío, se acercó a ella y la cogió del brazo, zarandeándola,

—¡Cállate! —sonrió a los demás, aunque no pudo engañarles—¡si nos habían dicho que no podía hablar! ¿qué os parece?, ¡vaya gritos! —Nilsa intentaba torpemente que le quitara la mano del brazo, sin dejar de temblar y de gritar. Estaba tan asustada que le costaba respirar. Sus peores pesadillas se habían hecho realidad.

—¡Suéltala! —Gunnar se colocó junto a ellos, y aprisionó al hombre, cogiéndolo de la muñeca. Al principio el extraño aguantó, hasta que notó que el vikingo estaba a punto de romperle el hueso, entonces soltó a Nilsa.

Horik, se frotó la muñeca mientras sus hijos se acercaron a él y los tres comenzaron a susurrar en voz baja, seguramente preparando algún ataque. Gunnar desenvainó la espada, aquello no le gustaba.

—¡Fuera de aquí! —señaló con la espada la salida— Seren sal a buscar a Niord, que traiga a varios hombres—Horik se puso muy rojo, sintiéndose insultado. Seren corrió hacia fuera.

—¡Te arrepentirás de esto! ¡el jarl Sveinn nos apoya!, ¡has visto su carta!, ¡iremos a verle y vendremos con soldados suficientes para destruir todo esto! —gritaba con el rostro congestionado, pero Gunnar le contestó sin levantar la voz,

—No olvides que no hablas con cualquiera, mis hombres están entrenados, por mí, para la guerra, y hoy mismo informaré al rey Felipe —Gunnar parecía frío como el hielo, y en sus ojos podía leerse la muerte del que se enfrentara con él.

—La península está muy lejos, comprobarás que, como enemigos, somos los peores—se volvió hacia Nilsa que lloraba en brazos de Lynnae, tras las anchas espaldas de Gunnar. Éste les apuntaba con su espadón, dispuesto a hacerles trocitos allí mismo—al fin y al cabo, somos su familia, y tenemos derecho a llevárnosla—lo que fuera a decir se vio interrumpido por media docena de soldados de Gunnar, que entraron en el salón y se colocaron a su lado. Él señaló a los tres hombres con la espada y dijo:

—¡Sacad a estos indeseables de aquí!, y seguidles hasta que se hayan ido de mis tierras, imagino que han venido en barco, ¡pues que se suban en él y que vuelvan a su casa! —se dejaron llevar sin oponer resistencia. Lynnae miró a su marido mientras mantenía a su amiga, mucho más grande que ella, aferrada a su cuerpo. Gunnar la observó muy serio, tenía cara de preocupación, entonces Lynnae le dijo a la cocinera,

—Seren, por favor, llévate a Nilsa a la cocina, y prepárale una de tus infusiones—la anciana asintió, y enlazó a la muchacha por la cintura, ésta se soltó y corrió hacia Gunnar. Se acercó a él y le dio un tímido beso en la mejilla como agradecimiento. Lynnae se estremeció, al recordar la maldad que acababa de presenciar. Esperó hasta que se alejaron antes de hablar con su marido, él se dejó caer en su silla, pensativo. Ella se sentó a su lado.

—Esposo, muchas gracias—cogió su mano y la llevó a su mejilla, él sonrió con tristeza.

—No podía dejar que semejantes bestias se la llevaran, espero que no creyeras que sería capaz de algo así—protestó

—No, conozco de sobra tu gran corazón, aunque se lo escondas al resto del mundo. ¿Qué te preocupa? —él sacudió la cabeza, sabía que aquello les traería muchos problemas, lo intuía.

—Son familia suya de verdad...

—¡No lo creo!, ¡es imposible! —él sabía que ella reaccionaría así.

—¡Lynnae!, escucha—bajó el tono de voz—los rasgos de esos hombres eran semejantes a los de ella, sin duda son familia. Traían una carta del Jarl Sveinn, en la que pedía como un favor que dejara que la vieran, porque querían restituírle su herencia.

—Eso no significa nada, pueden ser parecidos y...

—Escucha Lynnae, tú has visto reaccionar a la muchacha, los conoce, por lo menos al mayor. Le debieron hacer algo terrible cuando ha reaccionado así al verlos, estoy de acuerdo, pero también sé que eso significa que los ha visto antes—sabía que lo que iba a decir provocaría que su mujer protestase, pero tenía que hacerle entender—Lynnae, yo aprecio a Nilsa, y sé que es una muchacha incapaz de hacer daño a nadie. Pero una mujer muda, no puede decidir sobre su destino, desgraciadamente. Si son de su familia, ante cualquier Ping, nos dirían que tendríamos que entregársela—levantó la mano para evitar las protestas de su mujer—no se la voy a entregar, pero volverán. Estoy seguro de que hay algo más que no nos han contado. Tenemos que ganar tiempo, ¿te has fijado que tienen acento?

—Sí, pero no me era conocido—él se quedó pensativo

—Era extranjero, aunque creo que no lo había oído antes—sacudió la cabeza porque eso, ahora, no tenían importancia.

—¿Tienes alguna idea? —Gunnar negó, pensó mandársela a sus

padres, pero seguramente se les ocurriría ir allí. Y no quería crearles problemas.

—¿Y si la mandamos con tu hermano?, una temporada, hasta que pase todo—él se levantó y comenzó a pasear, le parecía una locura,

—No lo sé, ya te conté como está, no se fía de sí mismo—su mirada era de angustia, por tener que hablar así de su hermano—ha cambiado mucho, era el muchacho con el mejor carácter del mundo.

—Estuve hablando un rato con él Gunnar, creo—dudó, pero era lo que pensaba de verdad—creo que es posible que sea su andsfrende, pero puede que él todavía no se haya dado cuenta. En cualquier caso, estoy segura de que es incapaz de hacerla daño, además, me temo que no tenemos más remedio que arriesgarnos.

Él asintió, no era la mejor solución, pero no había otro sitio en la isla donde esconderla, y nadie de por allí, sabía que aquellas tierras le pertenecían. Las tenía desde hacía poco, habían sido un regalo del Rey Felipe, en agradecimiento por un servicio que le había permitido no perder la corona.

—Está bien, dile a Seren que venga un momento, y tú mientras, quédate con ella—Lynnae salió corriendo a cumplir sus órdenes, pocos minutos después estaba Seren a su lado, la anciana parecía haber envejecido varios años.

—Seren, necesito que prepares una bolsa con las cosas de Nilsa, lo que necesite para pasar unos días, no sé cuánto tiempo—la anciana comenzó a sollozar, tapándose la cara con una mano para que no le viera. Gunnar asombrado se levantó, en los años que la conocía, nunca la había visto llorar.

—Seren—le puso la mano en el hombro—Seren, tranquilízate, escucha, es por su bien, esos tres no tienen buenas intenciones.

—Ya lo sé Gunnar—él asintió, ella le miró llorosa—pero es tan inocente, y tiene tanto miedo de todo.

—Lo sé, pero la llevaremos a un lugar seguro, estoy seguro de que volverán a buscarla. Necesito que nos ayudes—ella asintió—recoge las cosas que necesite, sus ropas, sus zapatos, lo que tenga. No sabemos cuánto tiempo estará fuera.

Mientras, pidió que prepararan su caballo, montaría con Nilsa en él. Iría con dos soldados por si acaso, los otros seis todavía no habían vuelto de cumplir sus órdenes. Después fue a la cocina, y encontró a Nilsa y Lynnae sentadas muy juntas. Las dos levantaron la vista hacia él, era evidente que Lynnae ya le había explicado la situación a Nilsa, porque estaba abrazada a su mujer, y Lynnae también tenía lágrimas en los ojos. Suspiró y se sentó junto a ellas.

Cuando Seren apareció con la bolsa ya preparada en la cocina, habían conseguido que Nilsa se tranquilizara un poco, y que accediera a acompañarle. Para estar seguro, en la entrada del castillo, y antes de salir donde los podían escuchar, se colocó frente a la muchacha y la cogió por los hombros.

—Nilsa, ¿has entendido que te voy a llevar allí, y que luego te vas a quedar sola con mi hermano? —ella asintió, y agachó la mirada hacia el suelo—él le levantó la barbilla, y le repitió lo que le había dicho en la cocina—te prometo que iré a buscarte en cuanto pueda—ella asintió de nuevo, y se abrazó a Lynnae y a Seren, quienes la besaron emocionadas. Después, Gunnar montó, y ayudó a la muchacha a hacerlo tras él. Miró a su mujer un instante, y partió hacia Roma.

Ya venía ese monje hacia él otra vez, y parecía traer de nuevo la puñetera cerveza agria y su biblia. Rognvald estuvo a punto de dar media vuelta, e internarse en el bosque otra vez. Volvía de cazar, lo había estado haciendo durante varias horas, prueba de ello era el enorme ciervo que llevaba sobre los hombros. Estaba cansado, y

llevaba casi todo el día sin comer, ahora mismo no era la mejor compañía.

Había estado poniendo trampas, y luego, se le había metido en la cabeza cazar un ciervo, y no había parado hasta conseguirlo. Siguió andando hasta la casa como si un monje, casi imberbe, no le siguiera trotando a su lado, como un cachorro que quisiera jugar.

—¡Señor!, por favor, ¡señor! —entró hasta la cocina como si no le escuchara, y dejó el ciervo encima de la enorme mesa que había construido. Todavía no estaba terminada, pero se tenía en pie.

Luego, se dirigió a por el cubo de agua, y se lavó las manos, detestaba tenerlas llenas de sangre. El monje esperaba, impaciente, a que le hiciera caso.

—Dime Declan—desgraciadamente, le daba igual que estuviera de buen o de mal humor, siempre le tenía pegado a él,

—Señor Rognvald,

—Solo Rognvald—se lo había dicho muchas veces, pero aquel muchacho era duro de mollera.

—Sí señor. Rognvald, es verdad—parecía muy emocionado por lo que quería decirle—he hecho algunos cambios en la receta, es posible que así esté mejor, por favor, ¿podrías probarla?

Respiró hondo y alargó la mano para que le diera el vaso, había probado todos los cambios que había ido haciendo, desde hacía varios días, sin notar la diferencia. Al parecer, pensaba que él tenía mejor paladar que los monjes, o que estaba más acostumbrado al alcohol. Bebió un trago esperando el sabor desagradable de los otros experimentos, pero este fue diferente. Tenía un delicado sabor amargo, que te dejaba con ganas de más.

—Hay un extraño sabor al final, no sé qué es—volvió a beber otro trago.

—Especias—el vikingo asintió y saboreó otro poco, observando al

monje.

Físicamente, no podían hacer un contraste mayor, por un lado, estaba el enorme cuerpo, alto y musculoso de Rognvald cubierto por unos pantalones ajustados y una camisa suelta, y por otro Declan, que era un irlandés flacucho y no demasiado alto, de pelo moreno, e inocentes ojos verdes oscuros, vestido con una túnica gris. Parecía muy tímido, razón por la que Rognvald aún entendía menos que, desde que había llegado allí, siempre estuviera con él.

—Está buena—dijo sorprendido. El muchacho sonrió feliz.

—¡Lo sabía!, ¡el truco está en las especias! ¡así sabe mejor, y aguanta más días sin estropearse!, he encontrado un diario de los antiguos monjes, de cuando la fabricaban en la cervecería y...— Rognvald nunca supo lo que iba a decir, porque su cuerpo se puso en tensión y salió fuera, dejando a Declan con la palabra en la boca.

No se equivocaba, se acercaba un caballo. Cogió la espada que siempre tenía en la entrada, pero la dejó en cuanto reconoció a su hermano, y le esperó sonriente.

Esa sonrisa se desvaneció cuando Gunnar se bajó del caballo, y vio quien venía con él.

CUATRO

—Nilsa, ¿se llama usted así, no es cierto? —ella asintió al muchacho vestido de monje, con el que la habían dejado. Estaban sentados en la mesa de la cocina, mientras los hermanos habían desaparecido en dirección al bosque. Gunnar había decidido que debían alejarse, para que no escucharan su discusión, ante la negativa de su hermano a quedarse con Nilsa en su casa.

—¿Le gustaría que le enseñe la antigua cervecería? —sus ojos brillaron emocionados—está abandonada, pero tiene unos barriles gigantes, y todos los instrumentos necesarios para fabricar cerveza—ella le miró intranquila y negó con la cabeza, estaba pensando en la discusión que debían tener en ese momento los dos hermanos. Declan, le dio vueltas a la cabeza, no se le ocurría con qué otra cosa podría distraerla. Rognvald le había pedido, que se quedara con ella hasta que volvieran,

—¡Ah, sí!, hay un manantial de agua caliente en el sótano del almacén. ¡Y una piscina de piedra!, debe de ser bueno para los huesos, y todas esas cosas—ella asintió con los ojos abiertos como platos—¿le gustaría verla? —ella volvió a asentir—Está bien, pues acompáñeme.

—¡Estás loco, Gunnar! —Rognvald se pasó la mano por el pelo, nervioso. Su hermano no lo reconocía, llevaba la barba muy larga, al igual que el pelo.

—No hay otra solución, ¿crees que si la hubiera la traería aquí?, pero tenías que haber visto a aquellos tres, no tendrían ningún problema en matarla, si les beneficiara—eso pareció molestar a su hermano, porque se irguió, y le miró con los ojos entrecerrados.

—No me habías dicho que te parecieran agresivos, solo que eran

familiares suyos, y que había algún problema con una herencia—siseó entre dientes. Algo dentro de él burbujeó, al pensar que alguien quisiera hacer daño a aquella inocente muchacha.

—Uno de ellos la cogió del brazo, y la hizo daño, mientras se reía de ella, tuve que quitárselo de encima, incluso llegué a amenazarlos con la espada. Son de mala calaña Rognvald, siento ponerte en esta situación, pero hay que proteger a Nilsa—su hermano hizo un gesto con la mano, para que no siguiera hablando, ya estaba convencido.

—¿Se pueden enterar de que has venido aquí?

—No lo creo, nadie sabe que esto es mío. Por cierto, que me he fijado que estás haciendo muebles—la casa estaba casi vacía por dentro, los anteriores dueños debían haberse llevado todo. Y Rognvald siempre había tenido buena mano para la madera.

Pero él no le contestó, estaba mirando al río, se habían internado en el bosque lo suficiente, para que no los escucharan gritar desde la casa. Cuando volvió a mirarle, a Gunnar le recorrió un escalofrío, los ojos de su hermano habían cambiado, al azul típico de la posesión del berserker.

—Está bien, déjala aquí—su voz era más grave. Pero Gunnar no podía hacerlo teniendo dudas, era su responsabilidad. Se acercó a él, hasta que sus cuerpos estuvieron separados por pocos centímetros.

—Hermano, escúchame—Rognvald le miraba desafiante—es una mujer indefensa e inocente, te pido que domines tu fuerza. Sé que harás lo correcto, pero si le haces algún daño, a pesar de que me rompa el corazón, te lo haré pagar. ¿lo entiendes? —por un momento le pareció ver la tristeza que habían provocado sus palabras en el alma de Rognvald, por su falta de confianza, pero enseguida, el berserker volvió a tomar el control.

—No le ocurrirá nada, la protegeré con mi vida—su voz era cada vez más ronca, pero Gunnar sabía que su hermano era el que hablaba.

—Bien, no sé cuándo podré volver a por ella, pero te mantendré informado de lo que vaya ocurriendo. Creo que volverán a verme en poco tiempo, en pocos días—su hermano sonrió malvado, y le dijo

—Al final, el que le haya hecho daño lo pagará—Gunnar asintió, él opinaba lo mismo.

Volvieron a la casa, Gunnar quería regresar al castillo. A pesar de que había dejado protegida a Lynnae, no se quedaría tranquilo hasta que no estuviera allí con ella. Rognvald le dijo al monje que ya podía marcharse, y el muchacho lo hizo después de echarles una mirada, preocupado.

Antes de irse, Gunnar, habló a solas con Nilsa, aunque su hermano estaba tras ella esperando de brazos cruzados, lo hizo con total libertad,

—Nilsa volveremos a buscarte, lo sabes ¿no? —ella asintió de nuevo, y se lanzó a sus brazos. Gunnar sintió cómo temblaba y su fragilidad, y le dio pena tener que dejarla así, pero no había más remedio. Por eso susurró junto a su oído,

—Ten paciencia con él, creo que os entenderéis muy bien. Intenta no tenerle miedo, sé que no te hará daño—ella asintió, y se separó de él dando un paso hacia atrás. Entonces hizo algo que Gunnar no le había visto hacer nunca, se cubrió el corazón con la palma de la mano y le señaló a él y luego en la dirección donde estaba el castillo. Gunnar bajó la vista emocionado,

—Gracias Nilsa—le puso la mano en el hombro y lo apretó por un momento—les diré a las dos que las llevas en tu corazón. Ella asintió y se sujetó las manos con fuerza, para no suplicar que se la llevara de allí.

Y de repente, Gunnar se fue. Ella no se dio la vuelta, hasta que su caballo no desapareció tras una loma. Entonces se fijó en los ojos ardientes de Rognvald, que seguía apoyado en la puerta, con los

brazos cruzados. Agachó la mirada enseguida, sentía vergüenza en su presencia, y a la vez excitación. Él sonrió con malicia, y se acercó a ella cogiendo la punta de su trenza, y tirando de ella suavemente, para acercarla a él. Así acabó pegada a su cuerpo, Rognvald la abrazaba encantado, gracias a su estatura, era perfecta para sus brazos.

—Nilsa que maleducada—medio bromeó— no me has saludado como es debido—ella empujó con sus manos en el pecho de él para intentar separarse, pero, como la otra vez, era demasiado fuerte. Entonces, él la besó.

No fue un beso inocente, sujetó su nuca con una de sus fuertes manos para que no pudiera escapar, y metió la lengua en su boca, mientras ella seguía resistiéndose. Pero cuando sus lenguas se juntaron, Nilsa sintió un profundo placer, que la hizo dejar de pelear. Entonces, subió sus manos a los hombros de él, y las mantuvo allí, pero él, separándose un momento, le dijo.

—Abrázame—ella, temblorosa y ardiente, le rodeó con sus brazos por la nuca. Él gimió sintiéndose extrañamente apreciado, estaba hechizado por ella—¿quién eres de verdad? —notaba algo especial, diferente, como si fuera una criatura que hubiera salido del bosque para hacer realidad sus sueños, y que, en cualquier momento desaparecería. Maldijo entre dientes, se había olvidado del ciervo, no podía dejarle mucho tiempo en la mesa de la cocina.

—He cazado un ciervo, le tengo que preparar, sino se estropeará —y se metió en la casa. Ella le siguió.

Nilsa se tranquilizó cuando comenzó a trabajar en la cocina, aquello era algo que sabía hacer, y que la calmaba. Afortunadamente, Rognvald no le había pedido ayuda para desollar el ciervo. Si tenía que hacerlo, lo haría, pero era lo que más le desagradaba. Pero él, se lo había llevado fuera, y apareció un par de horas después, con los trozos

de carne limpios y cortados, y que colgaron entre los dos en el almacén. Ella antes, los había estado salando para que se conservaran más tiempo, si no, se habrían echado a perder.

Habían dejado un trozo en la cocina, con el que Nilsa iba a hacer un guiso, cuando se dio cuenta de que no había verduras. Se acercó a Rognvald que estaba puliendo su espada, y le tocó en el hombro suavemente enseñándole las pocas verduras que tenía. Él no la entendió,

—¿No te gustan las verduras? —ella asintió rápidamente, para que viera que ese no era el problema—pues ¿qué ocurre? —entonces ella aproximó los dedos índice y pulgar, hasta dejar entre ellos un espacio muy pequeño, ambos en horizontal, y él, finalmente, entendió,

—¡Que son pocas! ¿es eso? —ella volvió a asentir, la miró asombrado de que fuera capaz de explicarse, sin decir una palabra— está bien, ven conmigo, vamos a por verduras. Trae el cesto si quieres.

Ella lo cogió y salió andando tras él, que se dirigía hacia el puente de madera que cruzaba el río, ella ralentizó sus pasos, nunca había cruzado un río. El puente parecía muy frágil y le daba algo de miedo, miró alrededor algo preocupada. Rognvald andaba sobre él como si no hubiera peligro, pero el río era muy caudaloso, si se caía allí, a pesar de que sabía nadar, seguramente se ahogaría. Mientras pensaba si cruzarlo, él había vuelto sobre sus pasos, y la observaba,

—Si te da miedo algo, debes decírmelo—al escucharse a sí mismo, maldijo. Era muda ¿era un imbécil, ¿cómo iba a decírselo? — quiero decir, debes hacérmelo saber, ¿entiendes?, ven, dame la mano, el puente es seguro, no te preocupes.

La llevó hasta el final, y no la soltó hasta llegar a un extraño edificio. Él había comenzado a hablar casi sin darse cuenta, quizás precisamente porque ella no lo hacía,

—Es un monasterio de monjes circenses, son católicos, ¿conoces

la religión? —se asombró al verla hacer la señal de la cruz con la mano derecha, en la otra llevaba la cesta—¿eres católica? —de nuevo afirmó con la cabeza—mi madre también.

Nilsa le sonrió con dulzura, y él sintió que algo dentro de él se aflojaba,

—Los monjes cultivan fruta y verdura, he hecho algún trueque con ellos. Hablaremos con Declan, el monje que se ha quedado antes contigo—ella sonrió al recordar al amable muchacho.

Rognvald llamó a la campana de la entrada, y salió Declan, más adelante se enteraría de que era el portero. El muchacho los miró sonriente,

—Hola Declan, al parecer necesitamos algunas verduras de tu huerta—el muchacho asintió sonriendo más aún. A veces tenían que tirar algunos frutos de la huerta, porque era demasiado para ellos. Y cuando Rognvald se llevaba algo, luego era muy generoso.

Mientras Nilsa, feliz y sonriente paseaba entre los surcos de la tierra, cogiendo las verduras que quería, le dijo

—Llevaros lo que queráis, si pudierais, a cambio, darnos un trozo de ese maravilloso ciervo que has traído, sé que los hermanos serían felices—Rognvald no pudo menos que reír a carcajadas, Declan era un zorro. Nilsa volteó a mirarle, asombrada, la risa le cambiaba la cara, podía imaginarle siendo un muchacho imberbe, como Declan. Sonrió y siguió eligiendo verduras, casi no cabían ya en la cesta.

—¿Los hermanos? ¿y tú no Declan? —el monje se sonrojó y bajó la mirada, pero no pudo evitar una tímida sonrisa al contestar,

—Debo reconocer, que uno de mis defectos es la gula, por lo que sí, a mí me encantaría comer carne para variar.

—Pues no te preocupes, que la comerás—miró a la mujer, que seguía echando verduras a la cesta, aunque no cabían más—Nilsa, si necesitas más cosas, mañana o pasado podemos volver—ella,

avergonzada, dejó la lechuga que iba a coger, y agachó la cabeza, pensando que la había regañado. Él se acercó y cogió la cesta, pero no parecía enfadado con ella, la miró y dijo,

—Vamos, estoy deseando probar ese guiso—ella sonrió y le siguió.

—¡Esperad! —Declan le dio a ella un pellejo de cerveza—espero que te guste—Nilsa le sonrió y lo cogió—es buena para la digestión—ella apoyó la palma en su frente y luego la extendió hacia él, el monje interpretó que le daba las gracias y le emocionó su gesto. Asintió, sonriendo, y se despidió con la mano.

Rognvald la dejó en la cocina, preparando la comida sobre el fuego, y miró la sala, era la única habitación que había aparte de la cocina, y donde debían dormir los dos, y frunció el ceño al pensarlo. Desde que había llegado, él dormía en el suelo, todavía no había puesto un jergón, a pesar de que había colchones en el almacén, porque había tenido otras prioridades. Pero, por algún motivo, no le parecía correcto que ella lo hiciera. Se estremeció al pensar en tener su cuerpo cerca de él por la noche, sin ningún muro entre ellos. Salió de su ensimismamiento poco después, al ver cómo ella cogía los dos cubos y salía fuera, la detuvo, no quería que fuera sola a ningún sitio,

—¡Espera! ¿dónde vas? —ella se volvió sorprendida y levantó los cubos para que viera que estaban vacíos. Él se acercó y se los quitó de las manos,

—Yo iré, no salgas sola a nada, y si tienes que salir, dímelo y te acompañaré—ella asintió, pero en cuanto él salió al río a llenar los cubos, ella corrió en dirección contraria. Donde iba no quería que la acompañara nadie, buscó un lugar discreto, hacía rato que lo necesitaba, pero no se atrevía a pedirselo.

Volvió antes de que él lo hiciera, y se metió rápidamente en la cocina. Mientras el contenido de la olla se iba cocinando, aprovechó para

empezar a fregar la cocina, estaba todo muy sucio. Lo tendría que hacer en varios días, luego continuaría por la sala. Había mucho que hacer.

No supo por qué, le vino a la cabeza, lo ocurrido en el castillo de Gunnar y Lynnae con su odioso tío, y el corazón se le aceleró, con los recuerdos que tenía de él en su lejano país. Sacudió la cabeza, e hizo lo mismo que llevaba haciendo diez años, ocultar aquello tan horrible, en el fondo de su mente.

Él volvió con los cubos, y los dejó junto a ella, Nilsa le hizo el gesto de tocarse la frente y luego extender la palma hacia él, dándole las gracias. Él se quedó parado un momento y luego asintió, saliendo de la cocina.

Rognvald, fuera de la casa, comenzó a cortar madera, había arrastrado un tronco enorme que estaba caído en el bosque, de un árbol muerto. Ahora tendría que tener encendida más a menudo la chimenea, con la mujer en la casa. Intentaba estar ocupado todo el día, quería tener muchas cosas que hacer, y no pensar en ella. Cuando le llamó para comer, entró, y comió rápidamente, luego, salió y siguió cortando madera.

Nilsa terminó de recoger la cocina, y se quedó agotada, por lo menos había quedado bastante limpia. Todavía no estaba a su gusto, pero se veía mucho mejor que esa mañana. Salió limpiándose las manos en un trapo, y se quedó observándole desde el salón, podía verle desde allí porque estaba la puerta abierta.

Rognvald se había quitado la camisa, y llevaba solo los pantalones y sus botas, y seguía cortando madera con el hacha, sobre un tocón. Sus ojos se agrandaron incrédulos al verlo, tenía una espalda impresionante, muy ancha, que contrastaba con la cintura, que era muy estrecha. El pelo largo, bajo el sol, parecía de oro. Desde tan lejos no podía ver sus ojos, pero estaba segura de que eran dos pedazos de

fuego azules. Cuando la miraba con ellos, sentía que podía ver todo lo que había dentro de ella.

Volvió a entrar con miedo de que la viera espiándole, y suspiró viendo la suciedad que había en la sala. Irguió los hombros, y fue a la cocina a por lo necesario para fregar el suelo. Al fin y al cabo, iban a dormir allí.

Cuando terminó de partir leña, se fue a pescar. Era algo que siempre le tranquilizaba, aunque estaba agotado. Sería capaz de dormirse de pie, si se estuviera quieto el tiempo suficiente. Volvió con un par de truchas grandes, con las que se presentó en la cocina. Al entrar en la sala, ya había notado que todo estaba más limpio, pero la cocina relucía. Ella se había quedado dormida sobre la mesa, debía estar tan agotada como él. Dejó las truchas, y rozó su hombro, mientras la llamaba suavemente,

—Nilsa—ella no se movió, pero volvió a insistir. Cuando abrió los ojos y le vio tan cerca, se asustó y casi se cae de la silla, pero él la sujetó a tiempo—Tranquila, Nilsa, no pasa nada, te habías dormido. Debes estar cansada—ella asintió y se levantó frotándose los ojos con las manos, como hacían los niños al despertar. Vio las dos truchas, y también que ya las había limpiado, por lo que solo había que cocinarlas. Se lavó las manos, y comenzó a prepararlas.

Rognvald la miró un momento, y fue al almacén.

Cuando las truchas estaban hechas en la lumbre, poco después, fue a la salita a avisarle, y vio que había puesto en el suelo dos camastros, no sabía de dónde había sacado los jergones de lana, pero, allí estaban, cada uno a un lado de la chimenea. Él se dio cuenta de que le miraba, mientras retiraba la mesa de la sala y las sillas, poniéndolas contra la pared, para estar más cómodos cuando durmieran.

—No es mucho, te haré una cama más adelante. No había muebles en la casa, y decidí hacer primero las mesas—ella asintió asombrada porque le explicara lo que iba a hacer, como si le importara lo que ella pensaba. Le hizo una seña para que fuera a comer, y ella se adelantó. Él entró y se lavó las manos, luego se sentó a la mesa. Le sirvió un plato de verduras, y luego la trucha, y comenzó a limpiar lo que había manchado al hacer la cena, hasta que él le dijo,

—Siéntate y cena conmigo—se estiró hacia la cerveza, y sirvió un par de vasos—tenemos que beberla sino se va a estropear.

Después de dos vasos de cerveza, Rognvald comenzó a explicarle las travesuras que, sus hermanos y él, solían hacer en casa de sus padres. Ella reía a carcajadas, totalmente desinhibida. Nilsa se reía como una mujer sensual, y ardiente, cerrando los ojos y enseñando unos dientes blancos, deliciosos. Rognvald notó de nuevo, crecer su erección y siguió llenando su vaso de cerveza a propósito, esperando. Cuando ella ya le sonreía con confianza, con los labios húmedos, y los ojos risueños y algo somnolientos por efecto del alcohol, le echó el último trago de cerveza, y le dijo que lo apurara. Ella bebió confiada, entonces él, con voz profunda y ronca, mientras sus ojos la miraban ardientes, azules como nunca, le dijo,

—Ahora, a la cama.

CINCO

La llevó al camastro junto a la chimenea, e hizo que se tumbara, él sentía el corazón en la garganta por la emoción. Nilsa echó la cabeza hacia atrás, y sus ojos se encontraron con la feroz determinación de Rognvald. Su mirada fija la quemaba, entonces, sucedió algo extraordinario, al arrodillarse él en el suelo, a su lado, la joven sintió una ráfaga de calor que salió del cuerpo masculino, y que le abrasó la piel. Por primera vez en su vida, entendió, de verdad, lo que significaba el deseo. Estaba aturdida pero no sentía temor, al contrario, en ese momento supo que él la protegería, con su vida, de cualquier amenaza.

—Eres una diosa—ella se ruborizó, más por el tono y por su mirada, que por lo que había dicho. Su voz era grave, oscura, y retumbaba en su sólido pecho—perfecta —ronroneó junto a su piel, sus manos acariciaban suavemente sus brazos, su aliento la quemaba.

Ella negó con la cabeza, sabía que no era nada de eso, pero él hacía que se sintiera especial. Levantó medio cuerpo apoyándose en los brazos, y con una mano, tocó su pecho. Era duro, se mojó los labios, tenía la boca seca. Se atrevió, no supo cómo, a meter la mano bajo su camisa, y tocarle la piel, era cálida y suave a pesar de su firmeza, él entrecerró los ojos hechizado. Se quitó la camisa, quería que ella siguiera tocándole, Nilsa tuvo que volver a apoyar la cabeza, porque le daba vueltas. Él se acercó más, hasta que sus fuertes muslos estaban pegados al jergón, entonces, cogió la mano izquierda de ella y la puso sobre su pecho,

—Tócame—ella le miró extrañada, era una orden, pero había sonado más bien como una súplica. Lo acarició, no sabía cómo hacerlo, así que se dejó guiar por su instinto. Él gemía con aquella voz profunda, y sus ojos cada vez se hicieron más azules, y luminosos.

La mano de Rognvald se aproximó a la cara de ella, y la posó sobre su mejilla, luego bajó hasta su trenza con una caricia. Con dificultad, porque la lujuria que sentía hacía que su cerebro estuviera envuelto en una bruma, le dijo,

—Suéltate el pelo—ella se sentó en la cama despacio, para no marearse y deshizo su trenza. Cuando lo tuvo suelto, él cogió la melena con las dos manos, y la frotó entre sus dedos observando su color, luego, sepultó la cara en ella, inspirando profundamente. Nilsa le miraba asombrada,

—No deberías llevar nunca el pelo atado—y volvió a acariciarlo, suavemente,

Cuando él bajó la cabeza, ella inspiró profundamente, para retener su olor y se excitó aún más. Olía a sudor fresco y limpio, y a aire libre.

Los labios de Rognvald tocaron su cuello, y le pareció que también olisqueaba su piel,

—Eres perfecta para mí—sus ojos fulguraban como dos estrellas.

Nilsa extendió las manos, ansiosa por volver a tocarlo, pero cuando se separó de la pared, aún sentada, empezó a caerse riendo. Con un único movimiento, él la sujetó con facilidad. Luego, hizo que se tumbara de nuevo. Ella aprovechó que él tenía la cabeza inclinada, y acarició su cabello. Era grueso y suave. Le pasó la mano por la cara y aunque él pareció sorprenderse, no se retiró.

Por fin, Rognvald se acercó a su boca, incapaz de esperar más tiempo, sabía que era virgen. Saber que nunca había estado con ningún hombre, le hacía aullar de felicidad, el ser primitivo que había dentro de él daba saltos de alegría, y rugía reclamando la posesión definitiva. Tenía que anclarla a él, su naturaleza lo exigía.

La besó como si quisiera llegar hasta su alma, y ella respondió con pasión. Era tan fogosa como él, entonces Nilsa, sin darse cuenta, gimió mientras se besaban, Rognvald se quedó asombrado al escucharla.

Metió la mano bajo la camisa de ella, para tocar sus pechos, y tiró de sus pezones, entonces ella volvió a hacerlo. La quitó el vestido excitado, y se lanzó a devorar sus pechos, ella acariciaba su cabello y su nuca, incitándole para que continuara. Era la mujer más excitante que había tenido en sus brazos.

Pocos minutos después, se irguió para observarla y ella le devolvió la mirada con ojos somnolientos. Sin despegar los ojos de los de ella, deshizo el lazo de su ropa interior con torpeza porque estaba demasiado excitado, y se la quitó tirándola lejos. Ella abrió las piernas completamente para él, ofreciéndose sin pudor. El aroma de su excitación le llegó tan fuerte como un disparo. Lo habría hecho caer de rodillas si no estuviera ya así.

Respiraba agitado, intentando no asaltarla como un animal, acarició su cuerpo con incredulidad, notando cómo le ardían la yema de los dedos al hacerlo. Era como si estuviera acariciando fuego, ella ardía, igual que él. Para él ya no existían otras mujeres, solo estaba ella, era la única. Rugió levantando la cabeza sin poder evitarlo, y la bestia tomó posesión de su cuerpo. Sus uñas se alargaron, y, sin darse cuenta, una de ellas le hizo un pequeño corte a Nilsa junto a un pecho, se inclinó y lo lamió, chupando su sangre. Su herida se cerró enseguida, su saliva era sanadora, aunque solo para ella, él había sido diseñado para poder protegerla y curarla, si era necesario. Instintivamente, él lo sabía.

Nilsa le miraba las uñas, mientras sentía que los efectos de la cerveza se iban pasando. Rognvald cerró los ojos para concentrarse mejor, y consiguió que sus uñas primitivas, se metieran bajo las del humano, luego separó aún más las piernas de ella, y observó su coño relamiéndose. Cogió con dos dedos parte de la crema que fluía de allí, y se la llevó a la boca, se chupó los dedos mirándola apasionadamente, con cara de satisfacción,

—Eres tan dulce—se inclinó, y levantó sus caderas para poder beber de ella. Nilsa se asustó, pero él continuó haciéndolo, nada en el mundo habría conseguido que se separara de ella.

Metió la lengua en su interior y la lamió recogiendo su miel, tragándola ansioso, podría alimentarse solo de ella. De su coño. La miró, ella le observaba muy roja, y jadeaba, de nuevo muy excitada. Se inclinó para besarla, y la mordió fuerte en el labio, aunque sin llegar a hacerla daño.

Necesitaba marcarla, que todos supieran que era suya. Metió dos dedos dentro de ella, hasta encontrar la resistencia virginal, entonces, estiró la entrada hacia los lados para ensancharla, y, luego, acarició su clítoris, hasta que sintió que estaba a punto de correrse.

El corazón de Rognvald latía, como si estuviera corriendo, y su erección palpitaba como si tuviera vida propia. Se desnudó en un momento, y volvió a ella, incapaz de esperar más tiempo, sabía que eso lo cambiaría todo.

La besó en la boca de nuevo, se hizo un hueco entre sus piernas, hasta que se tumbó sobre ella. Continuó besando y lamiendo su cuello, y ella levantó su cuerpo ofreciéndose a él. Acarició sus pechos y con los dientes tiró de cada pezón hasta el límite del placer, y ella volvió a gemir. Él estaba fascinado,

—Me gusta ese sonido—ella sonrió, manteniendo sus manos en los brazos de él. Rognvald cogió su polla, y la colocó en su entrada,

—Por fin ha llegado el momento—vio un instante de duda en la cara de ella, y entonces lo hizo, entró en ella de una vez, creía que sería mejor así.

Ella gritó por el dolor, y él comenzó a besarla y a acariciarla, manteniéndose quieto en su interior, intentando que se acostumbrara a su intrusión, y que olvidara el dolor que él mismo le había provocado. Cuando notó que ella respondía de nuevo a sus besos, comenzó a

moverse entrando y saliendo de ella. Poco después, Rognvald sintió que algo le explotaba en la cabeza, se encontraba peligrosamente cerca del orgasmo, y con el cuerpo temblando, por la urgencia de liberar su simiente dentro de ella.

Volvió a rugir feroz, posesivo, con un grito ancestral para avisar a los otros machos cercanos, de que esta hembra ya tenía dueño. Entonces, ella se corrió, con un largo alarido de placer, y sorprendida por algo que nunca había experimentado. Sólo entonces, él se permitió seguirla, volviendo a rugir, en esta ocasión, por el éxtasis. Ella se durmió en el momento, agotada, él no, se sentía en el paraíso, y estaba demasiado excitado para hacerlo, además, deseaba observarla durmiendo en sus brazos.

La colocó de costado frente a él, ella se quejó sin despertarse, y la acomodó en sus brazos. Nilsa se arrellanó en ellos inconscientemente, como si supiera que era el mejor sitio donde podía estar.

Se despertó antes de amanecer, como hacía siempre, y a pocos centímetros de su cara, vio el pecho de él, y se asustó durante un momento. Entonces recordó lo ocurrido, y se fue apartando despacio, con las mejillas teñidas de rosa, avergonzada. No podía creer cómo se había comportado. Se levantó y, cogiendo lo necesario para bañarse, fue al río, se notaba pegajosa, con la mezcla de fluidos de ambos en su interior.

Estaba acostumbrada a bañarse al aire libre, las sirvientas normalmente se bañaban en el río, o se lavaban con un paño y una jofaina. El agua estaba fría, más que en el río donde se bañaba normalmente, junto al castillo, pero prefería afrontar el frío y estar limpia. Se bañó rápidamente, y, estaba secándose, cuando algo la derribó. Antes de darse cuenta, estaba tumbada boca arriba, a merced

de un jabalí, el más grande que había visto en su vida. Retrocedió hasta que su cuerpo chocó contra un árbol, el animal la miraba con ojos rabiosos, abrió la boca para gritar, pero no salió ningún sonido.

El jabalí se acercó más, y comenzó a hociquear el suelo agresivamente. Nilsa observó sus colmillos enormes y curvados, imaginando lo que harían en su cuerpo. Se estremeció, y de nuevo abrió la boca para gritar, esta vez le salió un pequeño grito, volvió a intentarlo, y el grito fue algo mayor, hasta que consiguió formar una palabra, la única que podía salvarla,

—¡¡Rognvald!!—cuando el jabalí embistió contra ella, había conseguido levantarse y salir corriendo hacia la casa, pero tropezó con las raíces de otro árbol. Entonces, algo le saltó por encima, rugiendo y aullando. Era una fuerza de la naturaleza, se dio la vuelta para ver la pelea, el jabalí, al ver a Rognvald, se lanzó a él sin dudarlo. El vikingo había traído su espada, y tuvo que esquivar dos ataques del animal, que furioso, intentaba herirle, hasta que consiguió atravesarlo. Cuando lo hizo, cayó de lado, muerto, y Rognvald se volvió hacia la mujer. Estaba desnuda llorando, y tapándose la boca, pero él la había escuchado gritar su nombre.

Sentía una energía oscura recorrer su cuerpo, la oscuridad que pensaba que había conseguido frenar la noche anterior, y que había vuelto al verla en peligro. Tiró de ella para observarla, cuando pudo ver que no estaba herida, se la cargó al hombro, y así la llevó a la casa. Nilsa comenzó a gritar, recuperada ya su voz, y entonces, Rognvald le dio un azote en el culo, no le hizo daño, pero se quedó tan sorprendida que no volvió a gritar.

Una vez allí, la dejó de pie, después de cerrar la puerta con la tranca y la miró, hasta ese momento, ella no había visto sus ojos. Cuando lo hizo, corrió hacia la cocina, aunque sabía que no serviría de nada, él la agarró fuertemente de un brazo, sin el cuidado de la noche

anterior.

Nilsa no quería mirarlo, sus manos ahora eran como garras, y los rasgos de su cara se habían hecho más salvajes, sus ojos eran los de un animal acorralado, furioso, capaz de todo:

—¡Mírame! —lo hizo, amedrentada por su voz, o debería decir voces, ya que parecía que ahora le hablaran dos seres a la vez—¡es la última vez que te pones en peligro! —rugió, ella se puso pálida, temblando, por miedo a lo que ese desconocido pudiera hacerle.

Lloraba sin control, aterrada de verdad ante él, por primera vez, entonces Rognvald se acercó a ella, aun sujetándola con la mano, y limpió sus lágrimas, ella vio las uñas larguísimas y curvadas, pero ninguna de ellas la dañó. Más tranquila, aunque hipando de vez en cuando, la arrastró hacia la cama, ella se resistía con todas sus fuerzas, pero en un momento, estaban de pie al lado del camastro. Una vez allí, ordenó,

—Túmbate—ella se negó, él rugió furioso, y ella lo hizo temblando, entonces, Rognvald se tumbó encima de ella.

Nilsa ahora lloraba sin hacer ruido, temiendo enfadarle más, él, a pesar de su estado salvaje, no la aplastaba, se apoyaba para no hacerlo. Metió una mano entre sus cuerpos, e insertó dos dedos dentro de ella, y frunció el ceño al hacerlo.

Estaba seca, le haría daño, por lo que se irguió hasta quedarse de rodillas, y acercó sus caderas a su boca, levantándolas a pulso. Y comenzó a chupar y a lamer, hasta conseguir que ella se mojase, cuando lo hizo, él siguió bebiendo de ella durante un rato, incapaz de parar. Luego, cuando ella ya se había corrido a pesar de sí misma, volvió a tumbarse sobre ella, cogió su polla, que estaba más grande de lo habitual, y la colocó en la entrada de ella, entonces, enlazó sus dedos con los de su andsfrende, y la penetró con todas sus fuerzas, ella cerró los ojos, esperando un dolor, que nunca llegó.

No sabía qué ocurría, pero si la noche anterior había sido una experiencia maravillosa, hoy le parecía incluso mejor, pero distinto. Él se movía lentamente, entrando en ella suavemente, como si estuviera bailando, la noche anterior había ocurrido todo muy rápido.

Rogvland, en ese momento, comenzó a hablar,

—Eres mía, para siempre, al igual que yo soy tuyo. Sin ti no soy nada, eres mi otra mitad, la que me complementa, y sujeta mi locura. Si me abandonas, la bestia que has visto me poseerá cada vez más, hasta que consiga que muera matando—ella estaba hipnotizada por sus palabras—no te había reconocido al principio, pero eres aquella de la que me hablaba mi padre, la mitad de mi alma. Por eso, te juro, que pondré siempre tu felicidad por encima de la mía, pero también que tendrás que matarme para abandonarme—durante un momento se quedó quieto, mirándola a los ojos, y entonces, volvió a penetrarla duramente y dijo,

—Ahora quiero oírte decir mi nombre—ella le miró aturdida, sabía que la había oído gritar—volvió a quedarse quieto, ella no podía soportarlo, necesitaba que siguiera moviéndose. Arqueó sus caderas intentando provocarlo, pero él solo sonrió y la sujetó con una mano, mientras acariciaba su piel con el pulgar,

—No terminarás hasta que me lo digas, tendrás todo lo que quieras en esta vida, yo proveeré para ti, pero tendrás que pedírmelo. Te he escuchado hablar—ella abrió la boca e intentó hacerlo, pero fue imposible, no le salía la voz, eran demasiados años.

Él, lamió su dedo índice, se irguió, aún tumbado sobre ella, y comenzó a masajear su clítoris, hasta que ella creía que se volvería loca. Cuando estaba a punto de alcanzar el placer otra vez, él dejó de acariciarla. Entonces, ella, desesperada, decidió volver a intentarlo,

—¡Rog...Rog...Rognvald! —después del tercer intento, consiguió decirlo. Ella misma no se lo creía, se vio recompensada cuando él

reanudó el movimiento, y ella tuvo un orgasmo brutal. Nilsa pensaba que moriría de placer.

Cuando abrió los ojos, después de que se hubiera terminado la última contracción, él seguía besándola con adoración. Le miró asombrada, era totalmente humano de nuevo, miró sus dedos, eran normales. Él al ver que le miraba, sonrió, y le dijo,

—Ya estás aquí, podemos continuar—sonrió travieso y todo comenzó otra vez.

SEIS

Gunnar estaba muy enfadado, y Lynnae conocía lo suficiente a su marido para saber que, cuando estaba así, todo era posible. Intentó rellenar su falta de conversación con los “invitados”, aunque sabía que todos se habían dado cuenta de que no eran bienvenidos. Pero el Jarl Sveinn, era el jefe local, y tenía mucha influencia en la isla.

A pesar de que Gunnar no estuviese directamente bajo su autoridad, debido a su posición como antiguo Jefe del Ejército Real, sabía que tenían que colaborar con él en lo que pudieran.

El Jarl era un hombre extraño, a pesar de estar casado y con hijos, no les había pasado desapercibido, ni a Gunnar ni a Lynnae, que estaba encaprichado de uno de los dos primos de Nilsa. Estaban cenando en el salón del castillo, ya que todo el grupo se había presentado allí sin previo aviso, cuando iban a empezar a cenar, por lo que no habían tenido más remedio que invitarles a pasar la noche. Ese era el motivo de que Gunnar tuviese ganas de saltar encima de alguno de ellos, y rebanarles el cuello.

Hasta ahora la conversación había tratado de asuntos sin importancia, pero Gunnar sabía que en cuanto cenaran, aquello cambiaría. Después de que los criados recogieran la mesa, y les dejaran solos, él le pidió a su mujer que les dejara. Lynnae le miró indignada, quería quedarse a su lado, pero le hizo caso sin rechistar, lo que, si hubieran estado solos no ocurriría.

Había soldados en la sala, cuatro de pie, vigilando, además de varios más en el pasillo y fuera del castillo. Había dado orden de que no se fuera ninguno a dormir esa noche. Sveinn los miró, dando un trago a la bebida y sonriendo,

—Tienes algunos especímenes estupendos Gunnar, aunque veo

que aquí son un desperdicio, tú no los sabes apreciar— señaló a un soldado que estaba de pie junto a la entrada, y que apartó la mirada, molesto. Gunnar había elegido personalmente a todos sus hombres, y sabía que despreciaban al jarl, porque siempre se había aprovechado de su poder para enriquecerse, perjudicando a los más débiles. Sveinn apretó los dientes al ver el desprecio del soldado.

—Ya veo que son como tú—Gunnar le sonrió enseñando los dientes, en su postura más amenazante. Con su mujer a salvo en su habitación, protegida por dos de sus soldados que guardaban su puerta, ya se sentía libre. Echó un trago de hidromiel, y volvió a dejar pausadamente el vaso en la mesa,

—Creo que tienes razón, tanto ellos como yo, tenemos buen gusto—miró a Sveinn, era un hombre bajo, con una gran barriga, y totalmente calvo. Los acompañantes del jarl inspiraron asombrados por la valentía de Gunnar, todos sabían que no era un hombre que perdonara ninguna ofensa.

—Me parece que te excedes al medir tu importancia, Gunnar, solo eres un representante del rey que, para la gente de esta isla no significa nada. Has venido y te irás, como todos los anteriores a ti—Gunnar volvió a sonreír tranquilo. Sveinn no pudo evitar un escalofrío, al ver sonreír aquella cara desfigurada.

—Es posible, pero también puede tú te vayas antes que yo— luego, los miró a todos—todo esto me aburre mortalmente, si queréis decir algo, decidlo, si no, creo que lo mejor es que os vayáis a dormir, y mañana sigáis vuestro camino. Y la próxima vez Sveinn—le miró a los ojos, enseñándole parte de la furia del berserker—si quieres venir a mi casa, espera a que te invite, es posible, que, si no, no salgas tan bien parado.

Ni el tío, ni los primos se atrevieron a decir nada, pero Sveinn, a pesar de las palabras de Gunnar, siguió hablando. Tenía demasiado

interés en este asunto, no iba a dejarlo pasar, así como así. Necesitaba el dinero que sacaría de la chica.

—Entonces, según tú y tu mujer Gunnar, la muchacha se escapó al día siguiente de que vinieran estos...—señaló al tío y los dos primos irónicamente—cariñosos familiares.

—No es exactamente como yo les hubiera llamado, pero sí, al día siguiente había desaparecido.

—Comprendo—la sonrisa que adornó su cara fue una declaración de guerra, y Gunnar la aceptó como tal—supongo que no sabes nada de la vida de la chica.

—No, la hemos conocido siempre como muda, no ha hablado nunca. Es una criada más—Sveinn le miró con ojos incrédulos, pero decidió no decir nada más. Si no sabían quién era, mejor para él. Pero tenía que encontrarla, costara lo que costara. La recompensa que supondría encontrar a aquella chiquilla, sería suficiente para vivir como un rey, él y toda su descendencia durante siglos.

—Está bien, nos retiraremos ahora, si os parece bien—miró a la familia de Nilsa, que le imitaron. Se habían mantenido en silencio, como él les había ordenado antes de llegar.

—Por supuesto—Gunnar hizo un gesto al soldado de la entrada, para que les siguieran y se aseguraran, de que no se movían de su habitación. Había situado a todos sus hombres para que no pudieran jugarle ninguna mala pasada, no se fiaba de ninguno de sus “invitados” de esa noche. Él tampoco dormiría, se quedaría en el salón, junto al fuego, vigilando. Se fue a avisar a su mujer de que no le esperara, mientras planeaba lo que había que hacer al día siguiente. Era evidente que había algo muy importante acerca de Nilsa, que debían averiguar.

—¿Dónde vas? —ella se volvió con aire culpable, estaba de pie. A

pesar de saber que él se había vuelto loco el día anterior, por haber salido sola, casi había vuelto a hacerlo. Pero necesitaba salir, le miró con cara de angustia, y él la entendió,

—¿Por qué no me has avisado? —se puso los pantalones, y a Nilsa le puso su camisa por encima, era más rápido. Y por la cara de ella, era urgente que saliera. Luego, la cogió de la mano, y la llevó lejos de la casa, donde comenzaba el bosque. Señaló unos arbustos y le dijo:

—Este es un buen sitio, te esperaré aquí—ella asintió y caminó hasta que no se la veía, no aguantaba más. Cuando terminó, él también parecía haber satisfecho su propia urgencia. Comenzó a caminar hacia la casa, pero Rognvald la sujetó por el brazo. Estaba muy serio,

—¿Te hice daño anoche? —ella negó con la cabeza, pero él no dejó que se marchara. Levantó su barbilla con la mano, tiernamente, necesitaba ver sus ojos.

—Háblame Nilsa, quiero escuchar tu voz, y dime la verdad—su tono era cariñoso, por eso ella intentó hacerlo, durante unos momentos abrió la boca, pero la voz no salía, y ella se desesperaba. Rognvald, sin embargo, esperaba paciente, ella, al ver la confianza que sentía él, consiguió decir:

—Al principio sí—su propia voz le sonaba extraña, como si perteneciera a otra persona. Pero él sonrió encantado de escucharla.

—Tienes la voz más bonita que he escuchado, es dulce, como tú —ella se ruborizó al escucharle. Sentía de nuevo ese calor tan extraño en el vientre, volvió a intentar ir a la casa, pero volvió a sujetarla,

—Te mereces un beso por hablarme, además, no nos hemos saludado como es debido—la abrazó, y apartó de su cara los mechones, que la tapaban por el viento—eres preciosa

—No lo soy, soy ...normal, algo fea—él sonrió al escucharla

—Dedicaré todo el tiempo que necesites, para demostrarte que

tengo razón—se inclinó sobre ella y le dio un beso largo, húmedo y caliente, hasta que necesitaron separarse para respirar—buenos días—ella sonrió por su cara de pícaro y contestó, con dificultad,

—Buenos días—la llevó a la cocina de la casa, y se sentó en una de las dos sillas. A ella la colocó encima de sus rodillas, entrelazó sus manos, y le dijo—tenemos comida para hoy, y no tenemos nada urgente que hacer—ella se perdió en sus ojos— Ahora que puedes hablar, necesito que me cuentes lo que te pasó de pequeña, necesito saberlo para protegerte—ella le miró asustada, nunca se lo había contado a nadie. No sabía si estaba preparada para hacerlo.

—¿Puedo vestirme? —poder decir a la otra persona lo que quería, o lo que pensaba era maravilloso. Solo faltaba que ella misma se acostumbrara al retumbar de su propia voz en el pecho, y a su sonido dentro de la cabeza—él estuvo de acuerdo.

—Sí, será mejor que los dos lo hagamos

Un rato después, los dos estaban vestidos, y sentados en la sala, con una infusión cada uno, en silencio. Nilsa intentaba ordenar sus ideas, como no había hablado, desde hacía muchos años con nadie, no estaba acostumbrada.

—No sé cómo hacerlo—temía que no la entendiera. Él tomó su mano en la suya, protegiéndola,

—No tengas miedo de mí, nunca, ni de contarme nada, por favor —la miró a los ojos para que viera la verdad, lo que había en su corazón—quiero saberlo, para poder protegerte, por nada más. Nunca te juzgaré, te conozco, he visto tu interior—ella estaba sorprendida, y él sonrió algo arrepentido—con el tiempo, tú también podrás hacerlo. Podrás ver lo que hay dentro de mí, solo tienes que desearlo.

—Está bien, te lo contaré—su voz sonaba muy ronca, seguramente por no utilizarla habitualmente— no sé cómo hablar con la gente, no he tenido que hacerlo durante muchos años—pensó unos

segundos en cómo explicarlo, para que lo entendiera.

—Mi padre murió cuando yo era muy niña, mi madre y yo vivíamos en una casa muy grande, no recuerdo dónde, pero creo que era en el campo—se quedó callada intentando recordar, pero no fue capaz, siempre le pasaba igual cuando intentaba recordar el sitio exacto.

—¿Tenías sirvientes, caballos...lo recuerdas? —ella asintió.

—Sí, sí, había sirvientes, y caballos también, recuerdo que, de pequeña, me empezaron a enseñar a montar—sonrió al recordar unos brazos muy fuertes que la subieron a un caballo, y al hombre que subió detrás. La llevó a dar un paseo, y ella reía sin parar. Su padre, el hombre que la llevaba, también reía con ella—era mi padre—comentó maravillada, no lo había recordado hasta entonces, nunca había conseguido acordarse de su padre.

—¿Y recuerdas a tu madre? —asintió

—Sí, era muy guapa, y no le importaba tirarse al suelo para jugar conmigo. Me quería mucho—se sentía muy bien, al poder hablar con alguien de todos esos recuerdos que flotaban en su mente, y con los que solía soñar cuando dormía.

—Pues claro, ¿quién no te iba a querer? —le miró por si bromeaba, pero parecía decirlo totalmente en serio, como si realmente no pudiera entender que alguien no la quisiera.

Rognvald estaba fascinado por ella, observó cómo inclinaba la cabeza aturdida, era evidente que no estaba acostumbrada a recibir halagos. Se sentía muy afortunado, comenzaba a sentir que algo muy frío, que habitaba en su interior desde hacía demasiado tiempo, comenzaba a derretirse. Sonrió tiernamente al ver cómo elegía las palabras, poco acostumbrada a que saliesen de su boca para llegar a otra persona.

—Viví con mi madre hasta los nueve años—un grito escalofriante, recuerdo de aquella noche, se coló en su cabeza. Cerró los ojos

intentando librarse de aquel miedo, que la había dominado tantos años. Alargó el silencio unos segundos, Rognvald sabía que necesitaba tiempo, y él se lo daría. Cuando se tranquilizó de nuevo, continuó,

—Una noche, me desperté al escuchar voces, abajo, en el salón. Era mi madre, discutía con un hombre. Yo iba a bajar, porque la estaba haciendo daño—ella volvió a abstraerse en el recuerdo. Su niñera, la cogió en brazos y le tapó la boca, para que no gritara y no las descubrieran. Pero no pudo impedir que viera cómo, aquél hombre, apuñalaba varias veces a su madre, hasta dejarla sin vida.

Miró a Rognvald, entonces se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—La mató, y yo lo vi ¿entiendes?, intentaba gritar, pero mi niñera no me dejaba. Después de esa noche dejé de hablar—dos lágrimas caían por su hermosa cara, Rognvald escuchó ruido de caballos.

—Espera aquí Nilsa, vengo enseguida—cogió la espada y abrió la puerta. Era su hermano, con su mujer, y algunos soldados. Algo muy grave debía haber pasado, para que vinieran. Aunque escuchando la historia de Nilsa, habrían vuelto a aparecer sus malditos familiares.

Les recibió con un abrazo, y les hizo entrar, no quiso decirles nada, para no estropear la sorpresa. Aunque no era un buen momento para celebrar nada, era una buena noticia, entre tanta inmundicia.

Lynnae fue la primera en entrar y saludar a Nilsa, que se levantó para abrazarla, sonriente, aunque todavía con los ojos llorosos, mientras le decía:

—¡Lynnae! —tanto Lynnae como Gunnar casi se desmayan, las dos amigas se abrazaron gritando emocionadas, y Rognvald hizo un gesto a todos para que se sentaran. Era urgente que supieran la verdad, pero Lynnae levantó la mano derecha para que la hicieran caso, en medio de la algarabía que se había montado:

—¡Por favor!, antes de nada, necesito que me contéis cómo es

posible que Nilsa hable—Rognvald se calló, y miró a su pareja, porque era evidente para todos que lo era.

—Bueno, la verdad, es que me ha atacado un jabalí, y he gritado su nombre. Entonces, Rognvald ha insistido para que siguiera haciéndolo—Lynnae volvió a abrazar a su amiga, y Gunnar miró a su hermano, notaba en su mirada que, por fin, la había encontrado. En Nilsa estaba la mitad de su alma, parpadeó emocionado, al sentir que, su hermano, ya no corría peligro. Rognvald, al verle, carraspeó, corrían el riesgo de ponerse demasiado sentimentales, y había algo muy importante que tratar,

—Nilsa me estaba contando algo que vio de pequeña en su casa, asesinaron a su madre y ella lo vio todo, aunque solo tenía nueve años. Gunnar hizo la pregunta que estaba en la mente de todos,

—¿Fue alguno de los hombres que vinieron a verte? —ella asintió.

—Al principio no supe de qué le recordaba, sólo que mi mente le rechazaba, pero cuando me cogió por el brazo, lo supe. A mi madre también la cogió así cuando la pegó, antes de apuñalarla—sollozó limpiándose los ojos—pero no creo que sea mi tío, no lo había visto hasta entonces. No somos familia, mi madre no tenía familia.

—Me temo que te equivocas—Gunnar miró a Rognvald, y éste supo que las noticias eran muy preocupantes,

—En realidad, son tu tío y tus primos, he investigado sobre tu familia. Tu madre se llamaba Heila de Pomerania, y era hermana de Wartislav I, el actual rey de Pomerania—Nilsa le miraba con los ojos como platos—y Horik, era su hermano y también de Wartislav, aunque sólo por parte de padre. Por lo tanto, es verdad que es tu tío.

—Por lo que he sabido por un vecino, que estuvo en la corte en esa época, tu madre era heredera de una dote gigantesca, que le dejó su propia madre, tu abuela, Ida de Dinamarca. Tu tío el rey, te ha estado buscando, incansable, para que recuperaras lo que te

pertenece. Si no aparecieras, tus dos tíos, Wartislav y Horik, heredarían todas tus riquezas.

—Le mataré—Rognvald parecía a punto de transformarse. Gunnar al verle se levantó de un salto para colocarse ante su mujer, pero Nilsa le hizo un gesto con la cabeza para que no se moviera, y ella, en cambio, se levantó acercándose despacio a su vikingo.

Rognvald la miró entre una bruma azul, estaba más tranquilo que unas horas antes, cuando le habían crecido las garras, y hasta se le habían afilado los dientes, pero el berserker quería tomar el control. Repasó los dientes con la lengua, de momento estaban normales, como cuando era enteramente humano. La observó acercarse con una sonrisa en sus labios, parecía no temerle. Se paró frente a él, que seguía sentado, tan cerca que su vestido rozaba sus botas. Levantó una mano, tranquila, y le acarició la cabeza despacio,

—Rognvald, estás asustando a tu hermano, y a mi amiga Lynnae —él miró a Gunnar y sonrió irónico al verle preocupado. ¿No sabía que antes se mataría, que hacer daño a cualquiera de ellos?, entonces volvió la vista a su mujer, que sí lo sabía, no sabía cómo, pero ella sabía que nunca le haría daño. Entonces ella cogió una de sus manos, entre las suyas y la besó, y la transformación retrocedió, hasta volver a ser normal. Gunnar lo miraba asombrado,

—¡Hermano!, ¡te has transformado y has vuelto!, ¡creía que eso no era posible! —Rognvald encogió los hombros, algo avergonzado. Se transformaba desde hacía tiempo, aunque nunca lo había dicho, había conseguido ocultárselo a todo el mundo. Pero en esta ocasión, había sido imposible controlarse, por la profundidad de sus sentimientos hacia ella.

—Os oigo perfectamente en ese estado, pero es como si una bruma azul me cubriera la vista y el cerebro. Cuando estás así, es más difícil controlar los impulsos, pero creo que se puede—hizo un gesto

con la mano quitándole importancia—prefiero que Nilsa siga contándonos lo que le ocurrió, es lo realmente importante.

Gunnar le miró con los ojos entrecerrados, asegurándole que tendrían una larga conversación sobre este tema, a solas. Pero accedió a sus deseos y preguntó a Nilsa:

—Cuéntanos ¿qué pasó después? ¿cómo conseguiste huir? —ella continuó con su historia

—Gerda, que era mi niñera, bendita sea, me bajó por la escalera de atrás hasta los establos, llevándome en brazos, donde cogimos un caballo y salimos huyendo. Al salir, vimos que habían matado a los guardias—se quedó un momento pensando, y, luego, continuó—creo que hicimos un viaje en barco, pero no estoy segura, hay partes que no sé si son reales. Yo era muy pequeña, creo que tenía nueve años,

—Sí, tuvisteis que huir en barco—Gunnar apostilló—era imprescindible para llegar hasta aquí. ¿Y después?

—Gerda siempre me decía que nunca dijera a nadie quién era, no tenía de qué preocuparse, porque yo había dejado de hablar. Me acostumbré a ser muda, era más fácil no meter la pata. Desde el principio, estuvimos trabajando como sirvientas, pero ella murió un invierno, años después, era muy mayor. Me hizo prometer que no intentaría volver a mi casa, temía lo que podría hacerme mi tío.

Todos se quedaron en silencio después de escucharla. Ahora entendían lo ocurrido.

—¿Y a tus primos, los viste aquella noche? —aunque ella dijo que no, Rognvald añadió:

—Puede que fueran demasiado niños para participar—Gunnar asintió,

—Sí ahora, deben tener unos veinte años, aproximadamente.

—Bien, ¿y ahora qué va a ocurrir? —Rognvald necesitaba información para poder protegerla, si era necesario, escaparían de la

isla. Pero ella debía estar a salvo.

—Conseguí que se fueran de nuevo, a pesar de que vinieron con el Jarl Sveinn, un hombre muy influyente en la isla, y muy peligroso. Ya he mandado un mensaje al rey Felipe, para pedirle ayuda, él conoce al rey Wartislav, tu tío. Debéis permanecer aquí una temporada—frunció el ceño de repente—lo que no entiendo, es como se han enterado, de que Nilsa seguía viva y donde estaba.

—Pues yo sí—Lynnae parecía muy segura, se volvió hacia su amiga—Nilsa ¿te pareces a tu madre?

—Soy igual a ella, cuando veo mi reflejo, sonrío porque me parece volver a verla—Lynnae entonces miró a su esposo.

—La fiesta que diste con tu concubina, el año pasado—sonrió sarcástica al recordar, que fue justo por esa fiesta por la que se enteró de que existía aquella mujer en su vida. Él la miró suspicaz, sabiendo que la frase no podía continuar con nada bueno. Aquella relación había hecho que discutieran muy a menudo—Vino mucha gente del continente, incluidos los reyes, con gente de la corte. Quizás vino alguien que conocía a su madre, y que vio el parecido—los cuatro se miraron unos a otros, era posible que tuviera razón.

SIETE

Gunnar, Lynnae y los soldados, se fueron antes de que anocheciera, dejándoles solos. Nilsa estaba muy callada, dándole vueltas a todo en su cabeza. Rognvald pensaba en los minutos en los que había estado hablando con su hermano, a solas,

—Hermano, tenemos que volver, por si apareciera Sveinn, o alguien enviado por él. No quiero que se imaginen que ella está cerca— Rognvald asintió y le dijo,

—Gracias por todo Gunnar, ya has visto lo cerca que he estado, si no fuera por Nilsa...— sin ella, no habría esperanza para él.

—Olvídalo, eres mi hermano, siempre haré por ti todo lo que pueda, lo sabes. Escucha, hay algo que no he querido contar delante de ella, estoy seguro, que quieren casarla y así arrebatársela su dote. Después, no creo que durara nada viva.

—¡Tendrán que matarme! —Gunnar le entendía perfectamente. Escuchó que las mujeres llegaban, y le dio un abrazo a su hermano, diciéndole al oído,

—No te muevas de aquí hasta que no te avise, pero ten cuidado, no sea que descubran este sitio—Rognvald asintió, y devolvió el abrazo a Gunnar.

Los soldados ya estaban a caballo esperando, el viaje era de dos horas nada más, llegarían a su casa cuando hubiera anochecido. Lynnae montó en su caballo y se despidió de ellos con una sonrisa triste. Pensaba en cuánto le gustaría, que pudieran volver todos juntos al castillo.

Nilsa le cogió de la mano tímidamente, mientras observaban galopar a los caballos. Un movimiento por la derecha les llamó la atención, era Declan, que venía con una cesta.

—Buenas tardes tengáis los dos, os he traído algo de fruta, he pensado que a la dama le podría apetecer.

Nilsa se agachó para ver lo que traía, no estaba acostumbrada a comerla, la fruta era un lujo solo al alcance de los más ricos.

—¡Muchas gracias Declan! —el monje se quedó lívido,

—Pero... ¿hablas? —ella asintió tímidamente, y siguió mirando las piezas que les habían traído. Algunas ni siquiera las conocía.

Rognvald sabía que Declan estaba detrás de la carne de ciervo, y decidió dejar de hacerle sufrir,

—Declan, vamos al almacén, y así te daré carne, a cambio de esta fruta y de las verduras de ayer—el muchacho no intentó disimular, su cara se transformó en una gran sonrisa, y se acercó al vikingo, deseando acompañarle.

—Nilsa, ven tú también—ella no parecía muy decidida, quería ir a la cocina y colocar la fruta, además tendría que preparar la cena. Pero viendo la mirada de Rognvald, se le quitaron las ganas de discutir.

Rognvald no iba a dejarla fuera de su vista ni un momento, hasta que todo pasara.

Los tres se encaminaron al almacén, para recoger la carne que se llevaría Declan.

Esa noche cenaron en el monasterio, con la compañía de los doce monjes que habitaban el edificio. Se sentaron en la mesa del Padre Prior, por quien habían sido invitados. La cena fue bastante frugal, exceptuando la bebida, que era vino. Rognvald, con una sonrisa traviesa, rellenó dos veces la copa de Nilsa, que le regañaba por lo bajo, diciéndole que no quería más. Pero lo cierto era que el vino le estaba gustando mucho, no lo había probado hasta esa noche, pero le gustaba más que la cerveza,

—Eres una mala influencia—él se giró hacia ella, estaba hablando con el Prior, sobre la posibilidad de poner en marcha de nuevo la

cervecería, y de llevar a Visby la que fabricaran para venderla. La miró unos segundos, antes de susurrar en su oído,

—Acaba de cenar, porque nos vamos a casa, no aguanto más—la mirada que la echó era de pura lujuria. Nilsa cogió de nuevo la copa y apuró el vino, se relamió los labios, y suspiró feliz, pensando en la noche que se le avecinaba.

Después de acordar con el monje que seguirían hablando de negocios otro día, se fueron a casa. Rognvald tenía que ayudarla a andar recto,

—No sé lo que ocurre, pero se mueve todo ¿cómo es posible que se mueva la casa? —miró la puerta de la casa, que parecía bailar. Él rio suavemente, cogiéndola en brazos, Nilsa pegó un pequeño grito por el susto, y se agarró a su cuello,

—Tengo miedo de que te caigas, y se nos estropee la noche. Todavía tenemos muchas cosas que hacer—Nilsa con el dedo índice, siguió el contorno de sus labios, él lo chupó y ella gimió de placer cuando lo hizo. Luego, él lo mordió, no demasiado, lo suficiente para que ella sintiera un latigazo que recorría su cuerpo. Él volvió a chuparlo, calmando el dolor que le había producido. Nilsa tuvo una idea malvada, ya estaban llegando, y luego no se atrevería a hacerle nada, pero ahora, en sus brazos se sentía valiente. Se inclinó hasta su cuello, y tomó el lóbulo de su oreja y lo mordió, como había hecho él con su dedo.

Rognvald se paró, mientras notaba aquel placer que le bajaba por la columna, y que hizo que su polla se irguiera, hasta resultarle incómodos los pantalones. Necesitaba sentirla bajo él, y penetrarla. La besó profundamente, mordisqueando sus labios, y recorrió el resto del camino casi corriendo.

Ya en la casa, cerró la puerta con la pierna, y la tumbó con cuidado en el jergón, mucho más grande ahora, porque había unido los

dos. Se quitó la ropa y la desnudó a ella, después, encendió el fuego, sabía que ella solía tener frío, y lo primero era su comodidad.

Nilsa estaba muy a gusto, imaginaba que paseaba por un campo enorme de flores con Rognvald, mientras hacía un ramo con ellas. Él reía, y ella también, pero algo la apartó de ese medio sueño. Sintió un roce en la frente y abrió los ojos. Unos largos dedos se movían bajo el puente de su nariz, pasearon por su mejilla y descendieron hasta su barbilla.

Rognvald estaba totalmente concentrado en explorar su rostro. Tenía los ojos abiertos, de un azul brillante, pero tranquilos. Sus hombros gigantescos le tapaban la vista del resto de la habitación. Era enorme, y muy fuerte, y ella se sentía muy segura a su lado.

La primera vez que se había acercado a ella desnudo y tuvo oportunidad de tocarlo, quedó impresionada, incluso asustada. Ni siquiera el fino vello rubio que cubría todo su cuerpo, podía disimular sus fuertes músculos.

Rognvald pasó a acariciar sus labios, fascinado por ella

—Eres tan hermosa—Le acarició el labio inferior con el dedo pulgar. Ella sonrió, sabía que no lo era, pero le agradaba que a él se lo pareciera.

La besó de nuevo, le encantaba hacerlo, y sus lenguas bailaron juntas. Ella notó acelerarse su corazón al recordar lo que había sentido, las dos veces que habían estado juntos.

—Tengo que follarte, hoy será un poco más duro, ¿podrás aguantarlo? —ella asintió. Se mojaba solo escuchándolo—eres mía Nilsa, nunca, jamás, te tocará otro hombre.

—¿Y a ti? —él la miró sin saber qué quería decir

—¿Dejarás que te toque otra mujer algún día? —él movió la

cabeza,

—No podría soportar que otra, que no fueras tú, me tocara. Solo te pertenezco a ti, por eso, si algún día me abandonaras, moriría—las últimas palabras las dijo con la voz del otro, sus ojos también habían cambiado. Nilsa se sintió excitada al saber que, por ella, se producía el cambio.

—Nunca te abandonaré Rognvald, yo también me siento así, no sé por qué—susurró, no sabía que se lo iba a confesar, hasta ese momento, pero se alegró de haberlo hecho. Él puso tal cara de felicidad, que se sintió muy orgullosa de habérselo dicho.

Él posó sus labios calientes y hambrientos sobre los de ella, mientras hundía la otra mano en su cabello. Su excitación nunca había sido tan grande, y ella estaba preparada para ella, deseando que la llenara.

—Tuerce un poco la cabeza—la colocó con su mano, como quería—así—le dio un beso a un lado del cuello, y luego se lo lamió, de arriba a abajo. Ella dejó caer la cabeza, mientras su lengua la recorría

—Quiero lamerte entera—murmuró, y comenzó a hacerlo. El cuerpo de Nilsa fue recorrido por su lengua, o sus dientes, pero no paró hasta que lo hubo recorrido entero. Ella gemía retorciéndose, deseando tocarle, pero él no la dejaba. Cuando ella se corrió, Rognvald tenía dos dedos dentro de ella, y la chupaba un pecho abarcándolo entero con su boca. Nilsa, gimió satisfecha y agotada, aunque sabía que todavía no habían terminado.

Un sonido grave, surgido de lo más profundo del pecho de él, retumbó en la habitación. Rognvald se inclinó hacia ella, había estado chupando sus jugos, y ahora los lamía de sus dedos entusiasmado. Se colocó de rodillas entre sus piernas, y las separó, observando su coño unos instantes, como si fuera su salvación. Y quizás lo fuera.

Nilsa sintió la ráfaga de calor que salía de él, y que llegaba hasta

ella, ya la había notado con anterioridad, era como estar junto al fuego, pero este calor la excitaba.

Rognvald respiró profundamente, intentando calmarse, no podría esperar mucho tiempo antes de penetrarla.

—Tu olor hace que me ponga duro—susurró.

Ella se arqueó, empujando sus pechos hacia arriba, y dejó escapar un pequeño gemido.

—¡Por todos los dioses!, adoro ese sonido —dijo él, subiendo la mano hasta la base de su garganta— Hazlo de nuevo para mí, Nilsa. Lamió delicadamente su cuello. Ella lo satisfizo.

—Eso es —gimió él— ¡por todos los dioses!, eso es.

Se acercó a su clavícula, mordiéndola ligeramente, sin apenas arañar la piel. Luego pasó su lengua sobre la rojez con una húmeda caricia, y se desplazó hacia abajo, a su pecho.

Le besó la parte superior del pecho, luego tomó el pezón en su boca, ella se arqueó de nuevo, sintiendo como si un dique se hubiera roto entre sus piernas. Se había corrido de nuevo, sin penetrarla.

—¡Rognvald! —suplicó, alargó las manos para que se tumbara sobre ella, y él lo hizo en el momento,

—Solo tienes que pedirlo, min elskede—entonces la penetró, y fue como si nunca antes lo hubiera hecho. Se miraron a los ojos en todo momento, mientras sus cuerpos bailaban al son de la misma melodía. Rognvald sudaba, reteniendo su placer hasta que llegara el de su andsfrende. Ella no podía soportar más la excitación, entonces él, para acelerar el orgasmo de su mujer, tomó su clítoris entre dos dedos y apretó ligeramente, y ella volvió a volar. Al sentir las contracciones que rodeaban su miembro, él también se corrió, dejándose caer encima de ella.

En cuanto pudo, se apartó a un costado, y la atrajo hacia él. No podía soportar no tenerla entre sus brazos. Pensó que se dormirían en

el momento, pero no ocurrió. Inesperadamente, a Nilsa se le había pasado el efecto del vino, y estaba más despejada que nunca. Se puso cómoda, apoyando la cabeza en el hombro de él, y se sintió feliz cuando él buscó su mano, para entrelazar sus dedos con la suya.

—¿Eres feliz? —le parecía mentira que a alguien le importara que lo fuera, él levantó la cabeza, alarmado al notar que lloraba,

—¿Qué te ocurre? —no sabía cómo contestarle, sentía tantas emociones que no sabía cómo explicarlas. Todo había ido tan rápido, no sabía cómo era posible que se sintiera de esa manera en tan poco tiempo, él pareció intuir sus dudas...

—Nilsa, quiero que me escuches, amor mío—ella abrió los ojos azorada—ya te he llamado así antes, es lo que significa min elskede en el idioma antiguo. Estoy acostumbrado a escuchar a mi padre, decírselo a mi madre. Ellos se aman mucho ¿sabes? —miró sus manos unidas—siempre he visto normal que un hombre le declare su amor a su compañera, pero no creí que yo la encontrara—le sonrió, de repente algo avergonzado—¿sabes cómo puedes estar segura de que eres la elegida para mí, y yo para ti? —ella negó con la cabeza.

—Porque eres la única persona que me ha visto totalmente transformado, y no ha sentido miedo. Estoy seguro de que te has impresionado, pero ¿por qué no te has asustado?, seguro que, si yo veo a alguien así, me muero de miedo—bromeó, aunque ella sabía que esto era muy importante para él

—Como tú dices, me ha impresionado mucho verte, sobre todo la primera vez—miró sus manos—no podía dejar de mirarte las manos, pero cuando he visto tus ojos, a pesar de ese azul extraño, te he visto a ti—le miró y le dio un beso en la mejilla—tú estabas ahí, te he reconocido. Y cuando ha ocurrido delante de Gunnar y Lynnae, me he dado cuenta de que te pones así cuando te preocupas por mí, o te pones furioso ¿es así? —él asintió.

—Si a ti te pasara algo, no podría vivir—ella volvió a besarle en la mejilla, y se recostó sobre su hombro, feliz. Lo había entendido bien.

—¿Piensas que si estuviéramos separados podríamos comunicarnos? —le daba miedo que pudiera ocurrir, él la abrazó más fuerte

—Si. Si eso ocurriera, llámame con tu mente, y resiste Nilsa, ¿me oyes? —se puso muy serio—yo te encontraré donde estés, te lo juro.

—Yo tampoco podría resistir que nos separaran. Ahora no—le miró con los ojos húmedos, al recordar la muerte de su madre, y él la besó para hacerla olvidar.

OCHO

Varios días después, Rognvald hablaba con el Prior en el almacén, mientras unos cuantos monjes, limpiaban el suelo. Otro grupo, junto con Nilsa hacía lo mismo en la cervecería. Al final, entre todos, incluyendo a Nilsa, le habían convencido para volver a ponerla en funcionamiento. Ya había ido una mañana hacía un par de días a Gothem, para comprar un par de carros y caballos, y así poder transportar la cerveza a los pueblos, si todo salía bien.

Su atención estaba fija en el religioso, que le volvía a decir que los monjes más jóvenes, no querían atender la huerta. Todos querían trabajar únicamente en la cervecería, entonces escuchó su risa. Su sonrisa afloró a su boca instantáneamente, no podía evitarlo. La risa alegre de Nilsa, cada vez más desinhibida, le hacía sonreír.

Era otra mujer. Aquella que él había conocido, que agachaba la cabeza continuamente, y que no hablaba por lo ocurrido en su niñez, había cambiado. Ahora, dos semanas después, era una compañera cariñosa, risueña, incluso en la intimidad, en ocasiones, traviesa.

—Rognvald, todos estamos muy contentos, pero te pido que, cuando hables con mis hermanos, también les digas que el acuerdo es, que pueden trabajar aquí, si no dejan de cumplir con sus obligaciones en nuestra casa.

Asintió sin hacerle demasiado caso, todavía con la sonrisa en la boca, porque había escuchado sus pasos, más bien su carrera, efectivamente, Nilsa se acercó corriendo

—Buenos días padre prior—el monje la saludó y se fue, sabiendo que ya era imposible que ninguno de los dos le hiciera caso.

Se colocó ante él, con las manos enlazadas, y le dijo;

—Ha salido un ratón de debajo de una caja, y ¡no veas el salto

que ha dado Declan!, se ha ofendido mucho porque me he reído— colocó las manos en los hombros de Rognvald, respirando hondo. Estaba cansada no habían parado en toda la mañana, le miró a los ojos.

Rognvald había cambiado mucho, desde que le conocía. En lugar de el hombre duro, y huraño, que conoció en casa de Gunnar, ahora era cariñoso, paciente, y estaba siempre pendiente de ella. Nilsa era muy feliz, más que nunca en su vida. Sonrió mirándole

—Tengo hambre, ¿cuándo vamos a comer? —él sonrió, este tema era siempre motivo de broma.

—¡Ay!, ¡si hubiera sabido lo que comías antes de nuestra unión! — suspiró bromeando, siempre le decía que comía más que él. Ella le pegó un tirón inofensivo en la oreja, antes lo hacía con la barba, pero se la había quitado. Incluso ella le había estado cortando el pelo el día anterior. Estaba guapísimo.

—¡Es mentira!, no como mucho, lo suficiente para trabajar—le sacó la lengua, pero él estaba preparado, y se agachó rápidamente, y la chupó con su boca, ella jadeó, porque no lo esperaba. Soltó una risa en la boca de él, y enlazó su nuca con las manos, pero se echó hacia atrás al recordar por qué había venido corriendo,

—¡Rognvald!, se me olvidaba, Declan ha dicho que nos esperan a cenar esta noche—él volvió a atraerla hacia sí, dándole exactamente igual donde cenaran. Continuó besándola y los dos dejaron de pensar en nada más.

La cena fue una celebración, por primera vez, la habían preparado los monjes más jóvenes, queriendo agasajar a sus invitados, emocionados por el trabajo que iban a realizar. Estaban cansados de cultivar la huerta. Ese día, se pudo hablar en la cena, lo que no era habitual. Y a todos los hermanos se les permitió beber media copa de

vino.

El monje al que le tocaba leer el evangelio, comenzó a hacerlo y todos callaron escuchándole, Rognvald observó cómo Nilsa se santiguaba. Entonces, recordó una conversación que tuvo con su madre, en la que le dijo que no se consideró casada, hasta que no lo hizo por el rito católico.

Se quedó pensativo un momento, a él le daba igual, había crecido rodeado de enseñanzas sobre Thor y Odín, a la vez que de las del Dios cristiano. Una vez le había preguntado a su padre en cuál de los dos creía, y éste, tras reírse por la pregunta de un niño tan pequeño, le contestó:

—Sea cual sea el verdadero, lo importante es que mi cielo será donde esté tu madre. No deseo nada más, para mí, ella es mi cielo cristiano y mi Valhalla vikingo—sonrió—ella es mi todo.

Esas frases se le habían quedado grabadas en la cabeza. Se giró hacia el padre prior, para hacerle una petición, el monje, tras unos instantes de duda, miró fijamente al vikingo que había aprendido a respetar en tan poco tiempo, y aceptó.

Nilsa se despidió de todos, pero Rognvald la llevaba en dirección contraria a la salida, estaban siguiendo al Prior a través de un pasillo que no conocían,

—¿Dónde vamos? —el solo la miró sonriente y siguió tirando de su mano, para que le siguiera. Ella se encogió de hombros y no dijo nada más, seguramente sería alguna cosa para la cervecería.

Pero no era nada de eso, porque entraron en la capilla, el monje se fue hacia el altar, cogió un libro y se santiguó, y se dio la vuelta para esperarlos. Inclino la cabeza hacia Rognvald que se volvió hacia ella, y cogió sus manos entre las de él, y le dijo:

—Nilsa, quiero que nos casemos, sé que te haré feliz—ella sintió tambalearse su mundo al escucharle. Nunca se hubiera esperado esto,

sabía que él no era creyente.

—Pero tú no eres católico.

—Soy medio católico y medio vikingo, pero, sobre todo, quiero que seas feliz. Si esto no es lo que quieres, no lo haremos, no pasa nada. Pero si quieres, el padre está dispuesto a casarnos ahora mismo, a pesar de no ser sacerdote.

—En circunstancias extraordinarias puedo...—comenzó el Prior, pero Rognvald conociendo lo mucho que le gustaba hablar, volvió a preguntarla,

—¿Qué dices? —ella no lo había pensado nunca, no había llegado a imaginarse cómo sería su boda. Pero ahora se daba cuenta de que le encantaría que fuera así, y con él, por supuesto.

—¡Sí, Rognvald, si quiero!, esto es lo que quiero, aunque tú lo hayas sabido antes que yo—sonrió entre lágrimas, entonces, varias voces comenzaron a cantar tras ellos.

Se dio la vuelta, y todos los monjes estaban cantando, ella nunca había escuchado nada parecido, parecían ángeles. Se limpió las lágrimas, y la boda comenzó.

Cuando se despidieron de los monjes, se fueron dando un paseo hasta la casa y ella se sentía flotar. Era más feliz de lo que nunca había pensado que pudiera ser, ahora se daba cuenta de que, hasta este momento, no se había sentido completa.

— Nilsa—susurró su nombre, acercándola hacia él, cuando cerraron la puerta de su casa—me gustaría que nos bañáramos juntos, en la piscina de agua caliente que hay bajo el almacén. Ella sonrió y se escapó hasta su bolsa, para coger ropa limpia, y del arcón que había en la sala, cogió una toalla para secarse. Corrieron hacia allí, riendo como dos chiquillos, al llegar, se desnudaron entre besos y caricias. Rognvald se metió de una vez, pero Nilsa lo hizo poco a poco, entre

exclamaciones por el calor del agua.

Minutos después, ella flotaba boca arriba, con los ojos cerrados, cuando se topó con un muro de carne y huesos. Sin abrir los ojos, puso la palma de la mano en su pecho y lo acarició, él gimió, como hacía siempre que le tocaba, ella abrió los ojos y se puso de pie. El agua le llegaba por los hombros, con una sonrisa se acercó a él, y Rognvald la aupó encima de él, como si fuera una niña,

—Abre las piernas y agárrate a mí—ella lo hizo, y las cruzó tras su espalda, mientras le enlazaba por la nuca.

—Te quiero—ella ya no sentía vergüenza junto a él, le parecía natural lo que hacían, era la demostración de cuánto se querían—él acarició su mejilla con el dorso de su mano, mientras sus ojos fulguraban.

—Y yo a ti Nilsa, y te protegeré, siempre, con mi vida —Él podía sentir su miedo ahora, su incertidumbre. De repente, los dos estaban recordando la amenaza real que existía, por parte de la familia de ella. La pegó aún más a él y bajó la cabeza para besarla.

Sólo quería darle placer y felicidad, intentaría que tuviera todos los momentos felices que pudiera. Bebía a sorbos de sus labios, reflejándose en las profundidades de sus ojos, sus manos acariciaban sus duros pezones. Ella gemía con la cabeza echada hacia atrás. Rognvald quería que siempre recordara este momento, en el que la amó hasta el límite de su alma, y la adoró con su cuerpo.

Al cabo de unos minutos su respiración aumentó, el sudor cubría sus rostros, y la lujuria les poseía por completo. El agua caliente hacía que la excitación fuera mayor, Rognvald gimió sin poder soportar más, y salió de la piscina, impulsándose con los músculos de sus fuertes brazos, y luego la ayudó a salir, haciendo que se tumbara sobre la toalla.

—Ponte de costado—la ayudó a hacerlo como él quería, y se

tumbó detrás de ella, pegado a su cuerpo. Entonces él bajó la mano hacia su coño, para comprobar si estaba mojada, ella gimió cuando metió dos dedos en él, ensanchándolo. Estaba húmeda y ardiente, lista para él. Levantó la pierna de ella sujetándola por la rodilla, y se colocó en su entrada, Nilsa se sentía expuesta y se quejó,

—Rognvald, espera, no sé si...

—Sshhh, calla, confía en mí, te amo Nilsa, solo quiero darte placer— entonces, empujó profundamente y con fuerza, dentro de ella.

Nilsa sintió el choque en su entrada, el estiramiento repentino de su vagina. Ese sentimiento eliminó el resto de pensamientos de su cabeza, y todo el pasado o el futuro. En ese momento, solo existían ellos dos, el calor inundó su cuerpo, haciéndola estremecer. Sus músculos se apretaron sobre su miembro, y él vertió su declaración de amor en su oído. Ella culminó en la segunda embestida, pero él necesitaba más. Siguió bombeando con fuerza y rápidamente, dentro de ella.

Rognvald gemía, su cabeza bajó hacia su cuello, y lo lamió ásperamente. Su pene mantenía un ritmo constante, duro mientras entraba y salía de ella. Cada golpe la abría y la llenaba, volviéndola loca, seguramente por la postura, se sentía más llena que nunca por él. Su cabeza se sacudía y su cuerpo se estremecía. Entonces él se movió aún más rápido y más duro. Con la mano hizo que girara su cabeza, para poder llenar su boca con la lengua. Luego, medio loco ya por la posesión, volvió a lamer la unión del cuello con el hombro, aquel lugar que le gustaba especialmente, y la mordió allí como le gustaba hacer, manteniendo la carne entre sus dientes unos segundos, ella gimió, volviendo a correrse. Él entonces, la soltó y lamió la zona para calmar el escozor, su lengua siguió acariciándola, ella se sintió agotada, y totalmente satisfecha.

Nilsa gritó cuando notó, que su polla todavía se alargaba más

dentro de ella, y se ponía más rígida. Ahora la llenaba de tal manera su sensación rozaba el umbral del dolor, pero su vagina traidora succionaba la polla, exigiendo su semen. Nilsa, volvió a sentir un orgasmo tan fuerte que gritó, y arañó el brazo de él con el que todavía le sujetaba la pierna. Él gruñía cuando se enterró en ella por última vez y su semilla estalló en su interior, lo que alargó el último orgasmo de Nilsa.

Ella temblaba, se sentía sin fuerzas, Rognvald mientras, jadeaba por respirar. Ríos de sudor corrían por el cuerpo de los dos. Nilsa sintió que podría dormir en ese suelo tan duro sin problemas.

—¿No podemos quedarnos a dormir aquí? — susurró, soltando un par de risitas.

—Lo siento, pero no quiero que nos pille Declan por la mañana— él también reía al pensarlo—vamos a bañarnos y nos iremos a la cama, ¿te parece? —ella asintió y volvió a meterse en la piscina en cuanto la dejó en libertad. Cogió el jabón para lavarse con movimientos lánguidos, se sentía como en un sueño, y luego se lo pasó a él.

Finalmente, ella cogió la ropa sucia, y Rognvald la llevó a ella a la casa. Entraron, y tras colocar el jergón para dormir, se desnudaron frente al fuego, para poder estar lo más cerca posible el uno del otro mientras se abrazaban frente a frente.

—Nunca te esperé. — Él sacudió su cabeza estremeciéndose. — A pesar de todas las charlas de mi padre diciéndome que existías, que todos teníamos una andsfrende destinada, nunca lo creí.

La sostuvo apretada contra su cuerpo, regalándole su calor, le encantaba el modo en el que ella reposaba entre sus brazos, tan confiadamente

—Debes estar cansada, duerme un poco min elskede — ella cerró los ojos sonriendo. Mientras él, acariciaba su espalda con suavidad,

mirando el fuego—yo velaré tu sueño—susurró en su oído.

NUEVE

Nilsa se despertó con los golpes de la puerta, Rognvald la cubrió con la sábana, y él se puso los pantalones y cogió la espada, antes de abrir. Era Declan, y parecía muy nervioso. Ella se envolvió en la sábana mejor, sin atreverse a salir de la cama, ya que estaba desnuda, a pesar de lo cerca que estaban, no escuchó lo que decían. Rognvald cerró la puerta y se acercó a ella, hincó la rodilla en el suelo y la cogió por los hombros,

—Nilsa, escúchame, el monasterio está ardiendo, necesitan ayuda, hay varios monjes que no han podido salir. Quédate aquí amor mío, vendré lo antes posible—ella se echó en sus brazos, tenía un mal presentimiento.

—¡Rognvald!, ¡prométeme que volverás! —no podía pedirle que no fuera a ayudarles, aunque por un instante, esas palabras, fruto de su egoísmo, rondaron sus labios. Pero consiguió tragárselas, aunque le costó hacerlo. Él la besó, comprendiendo su miedo.

—Volveré, solo la muerte me impediría no hacerlo, después de encontrarte. Eres mi vida, ya lo sabes—observó las lágrimas de ella, con los ojos ardiendo de pasión—debo irme amor mío—ella sollozó con un lamento bajo, un quejido que la salía directamente de las entrañas, él volvió a besarla con desesperación, después se levantó y salió corriendo de la casa.

Ella se levantó tras él, y se quedó en la entrada observando cómo las llamas teñían la noche de naranja y rojo, se llevó una mano a los labios incrédula y asustada, cerró la puerta y comenzó a vestirse. No iba a entrar en el monasterio, pero estaba segura de que podía ayudar a los que iban saliendo, seguro que había alguien herido. Se vistió rápidamente, y cuando ya se había recogido el pelo, para que no

le estorbara, llamaron a la puerta. Abrió convencida de que era Declan, que necesitaba alguna cosa. Pero se equivocaba, su tío la miraba con una sonrisa que le revolvió el estómago, retrocedió pensando en la espada de Rognvald, que había dejado detrás de la puerta, como siempre, pero no le dio tiempo a cogerla, ya que Horik la agarró con crueldad, y uno de sus primos la amordazó para que no pudiera gritar. Después, le ataron las manos, y se la llevaron a rastras, mientras ella pataleaba y gemía bajo la mordaza, mirando hacia el fuego constantemente, sintiendo que su corazón se rompía, al pensar que él volvería y no la encontraría.

Su otro malvado primo, estaba cuidando los caballos, ella montó con su tío. Antes de subirla al caballo le dio dos bofetadas, que hicieron que su cabeza se golpeará, contra el costado de uno de los caballos. Sus primos reían, ya montados, observando la escena, ella notó que le sangraba la nariz, pero no pudo limpiarse, ya que la sujetaba por las manos atadas,

—Esto para que te vayas acostumbrando sobrina, vas a pagar por todas las molestias que me has causado—la subió al caballo y él lo hizo detrás.

Y salieron al galope.

Ella se sintió morir cuando horas después, llegaron a un puerto, y subieron a un barco, la tripulación se puso en marcha en cuanto los vio, no pareció extrañarles ver a una mujer prisionera. Horik señaló un rincón para que se quedara allí, y le dijo:

—Si te oigo respirar siquiera, te ataré y te daré la paliza de tu vida con un látigo, es un castigo muy efectivo. Una vez lo has probado, se te quita toda la rebeldía—se inclinó hacia ella para susurrarle, con la expresión más malvada que había visto nunca—pero antes te desnudaré, para que todos te veamos bien.

Nilsa se dejó caer en el suelo, sentada, con las piernas recogidas,

mientras todo su cuerpo temblaba. Respiraba hondo para no echarse a llorar, no le serviría de nada. Tenía que pensar, tenía que intentar escapar.

Su tío y sus primos estaban sentados en la otra punta del barco, riendo y hablando entre ellos, bebían y comían, mientras los otros hombres llevaban el barco. Después de varias horas, sintió que se le cerraban un momento los ojos, en ese instante, vio a Rogvland ante ella, tan claramente como si estuviera allí de verdad. Parecía asustado, no podía ser, porque era el hombre más valiente que había conocido, alargó la mano hacia él y le acarició la mejilla, él besó su mano y le dijo,

—¿Dónde estás? —ella no quería hablar, quería que la abrazara, necesitaba acurrucarse contra él, se sentía sola y tenía mucho miedo. Pero él la sacudió volviendo a insistir—Nilsa, por favor—suplicó—dime dónde estás.

—En un barco, con mi tío y mis primos—la cara de Rognvald prometió la destrucción total, para los que la hubieran separado de él.

—¿Sabes dónde vas? ¿al continente? —ella negó con la cabeza, sin darse cuenta de que él no la entendía, tenía que pensar lo que quería decirle,

—Los he oído hace un rato, piensan que estoy dormida, me llevan a otra parte de la isla, donde está un jarl...Sveinn, creo que han dicho. Luego no sé lo que harán—de repente notó que él ya no estaba con ella, en su mente. Abrió los ojos angustiada, mirando a su alrededor, observó los cuatro marineros andrajosos que la miraban con ojos de lujuria, y apretó más fuerte sus piernas contra su pecho ¿habría sido un sueño, o en realidad había podido hablar con él?

Rognvald levantó la cabeza de golpe, había vuelto a casa después de haber estado todo el día buscándola. Estaba sentado frente al fuego, mirando las llamas sin verlas, volviéndose loco, intentando

adivinar dónde podrían haberla llevado. Creía haberse dormido, pero, en cualquier caso, había hablado con ella, se levantó de un salto, tenía que llegar a casa de Gunnar, para pedirle que le dejara su barco.

Gunnar se levantó de un salto, al escucharle. Desde el día anterior, sabía que algo grave había pasado, se acercó a él con el corazón en un puño al ver su aspecto. Parecía destrozado, y venía solo, sus peores temores se habían confirmado.

—¡Gunnar!, ¡se la han llevado, han sido su tío y sus primos!, en cuanto los encuentre, los mataré. Necesito que me dejes tu barco, se la han llevado a ver al jarl Sveinn —Gunnar le miró asombrado,

—¿Cómo puedes saber todo eso?

—He podido hablar con ella, era como si estuviera en su mente, no sé cómo ha ocurrido—se encogió de hombros. Su hermano vio las líneas que el sufrimiento había tallado en su cara, y apretó los dientes, furioso. El resplandor azul volvió a sus ojos, al igual que vibraba en los de Rognvald.

—Saldremos enseguida, el barco siempre está preparado. Déjame que hable con Lynnae y se lo explique, y elegiré a algunos soldados para que nos acompañen—Rognvald se dejó caer en la silla que tenía más cercana, y cerró los ojos para hablar con Nilsa,

—Voy a por ti, aguanta mi amor.

No supo cuántas horas tardaron en llegar, pero todavía era de noche cuando echaron el ancla en una playa, colocaron un tablón de madera, y bajaron por él, su tío la empujó para que ella fuera delante. Todavía seguía atada y amordazada, y sus primos se adelantaron a recoger tres caballos, de unos hombres que les esperaban. Cuando ella y su tío llegaron hasta ellos, el que parecía el jefe, discutió con él,

—Os habéis retrasado—parecía muy enfadado, Horik torció el

gesto, él tampoco parecía contento.

—Tuvimos que prender fuego al monasterio, él no se separaba de ella, imagino que debe ser muy buena en la cama—Nilsa mantuvo los ojos bajos, aterrada. El hombre que había hablado se bajó del caballo mirándola fijamente.

—Sí que se parece a la madre—le giró la cara con una mano llena de suciedad, para verle el perfil—ya veo que has tenido que atizarla, enseguida las pegas Horik—éste se encogió de hombros, sin ganas de explicar cómo le gustaba tratar a las mujeres.

El desconocido bajó su mano, la colocó sobre su pecho derecho, y apretó hasta que ella gimió de dolor, entonces rio a carcajadas.

—Cuando consigáis que os den la herencia, puede que me la quede. Se la pediré a Sveinn como pago por algunos servicios que me debe—al ver su sonrisa, Nilsa sintió que se le revolvía el estómago, y deseó estar muerta antes de que llegara ese día.

En diez minutos como mucho llegaron a Hablingbo, lugar donde vivía el jarl Sveinn, ella observó los guardias que guardaban el lugar. Rognvald, cuando fuera a por ella, y estaba segura de que lo haría, tendría que llevar a alguien que le ayudara, él solo no podría sacarla de allí.

La casa era muy grande, pero estaba vacía, no había mesas, ni alfombras, ni cortinas, ella sabía lo que eso significaba. Con su niñera había vivido unos años con un señor empobrecido, y la casa estaba así. Eso es lo que le debía pasar al caudillo.

Movió un poco las muñecas, como hacía cada cierto tiempo, ya que se le dormían, y las sentía en carne viva. También se le había hinchado la nariz y una de las mejillas, por los golpes de su tío.

La llevaron ante el jefe, que estaba bebiendo en el salón de su casa, frente al fuego. Al verlos se levantó inmediatamente, y se acercó a ella.

—¡Bienvenida querida! —también la miró la cara, y luego se enfrentó a Horik enfadado—¡eres idiota Horik!, ¿no has tenido en cuenta que tiene que verla su tío, para que podamos cobrar la herencia? ¿y crees que si la ve, no va a decir nada sobre su aspecto? —Horik, no estaba acostumbrado a que nadie le insultara, y estaba harto del jarl, así que sacó su daga para atacarle, pero enseguida tuvo dos soldados encima de él, que le apuntaban en el pecho con la espada. Sus hijos también estaban rodeados por soldados, con las espadas en la mano. El jarl reía a carcajadas.

—Definitivamente eres imbécil, sabiendo cómo necesito ese dinero, sinceramente, ¿habías esperado que lo repartiera con vosotros? —Horik y sus hijos al darse cuenta de la trampa, intentaron sacar sus espadas, pero no sirvió de nada, porque los soldados los atravesaron sin previo aviso.

Nilsa no fue herida, porque Sveinn tiró de ella para sacarla de allí, y la llevó tranquilamente junto al fuego, para que se sentara frente a él. Sveinn también tomó asiento, y siguió bebiendo. Después de vaciar la copa, miró los cadáveres que habían quedado en el suelo, incluyendo aquel con el que compartía cama de vez en cuando, y con un gesto despreocupado les dijo a los soldados que esperaban órdenes,

—Echadlos por el precipicio—Nilsa no quiso mirar, pero se le revolvió el estómago, sintió que ahogaba. Sveinn, con la daga, le cortó la mordaza y pudo respirar mejor. Su captor, al ver cómo tenía la cara, y las comisuras de los labios, maldijo, y ordenó:

—¡Que venga la curandera! —luego la miró, era tan cínico que puso cara de apenado—siento mucho las molestias querida, pero necesito tu dinero. El caso es que tengo gustos caros, y las tierras ya no dan para pagarlos. Así que eres la solución a mis problemas. No te preocupes, no sufrirás, al menos, no demasiado. Siempre y cuando seas obediente y no me molestes, aunque hasta ahora, me has dado

bastantes molestias. Para conseguir saber dónde estabas escondida, he tenido que dejar a mi mejor espía a las afueras del castillo de Gunnar y que le siguiera a cualquier sitio que fuera—sonrió divertido—¡el propio Gunnar nos ha conducido hasta ti, cuando fue a visitarte junto con su mujer! —al ver que a ella no le parecía gracioso, cambió de nuevo de humor

—Lo más conveniente será que nos casemos, así no habrá dudas de a quién pertenece tu dote—suspiró— casualmente, me he quedado viudo hace poco—sonrió—mi pobre mujer era muy torpe—sonrió sarcástico—

Una anciana con aspecto de cansada y con una bolsa de tela, donde imaginó que llevaría los remedios, apareció en el salón.

—Ahora te irás con la curandera a tu habitación, y permanecerás allí hasta la boda. En cuanto venga el cura nos casará, tiene que ser por el rito católico, porque tu tío el rey, lo es.

—No puedo casarme, ya estoy casada—susurró. Sveinn se levantó para contestarla,

—Espero que eso sea mentira, porque si no lo es, tendré que enviar a mis soldados a matar a tu marido, para luego poder seguir con la boda. ¿Sigues diciendo que estás casada? —ella negó con la cabeza, mientras las lágrimas recorrían su rostro, su cruel enemigo volvió a sonreír,

—Me lo imaginaba, retírate querida—se dio la vuelta para seguir a la anciana.

La mujer la curó lo mejor que pudo, y ella se dejó hacer, sin quejarse, no le importaba lo que le hicieran. De repente, era consciente de la dificultad de que su marido la rescatara, sentía las entrañas congeladas, de solo pensar en tener que casarse con el monstruo que había en el salón.

Rognvald estaba en la proa del barco, inclinado hacia adelante, como si así pudiera conseguir que corriera más. Sus fuertes manos estaban agarradas a la borda, con tal fuerza, que parecía querer arrancarla. Su mirada no dejaba el horizonte, nada era capaz de distraerlo. Tenían que llegar a tiempo, esa frase era la única que mantenía en su cabeza.

Gunnar se acercó a él, con un par de dagas en la mano, su hermano llevaba una espada, pero no había cogido ningún arma más, no era capaz de pensar con claridad.

—Toma, guárdatelas—Rognvald las cogió sin contestar y las colocó bajo su cinturón, una en cada costado—¿has conseguido volver a hablar con ella?

—No, pero noto su aflicción, ha ocurrido algo grave, tenemos que llegar pronto, va a pasar algo—movió la cabeza, pesaroso—no puedo...

—Calma—su hermano, como solía hacer cuando quería apoyarle, puso la mano en su hombro—llegaremos a tiempo, el viento es muy bueno, ya debe quedar poco. Pero no te lances a lo loco cuando lleguemos por favor, Rognvald, ten en cuenta que habrá muchos soldados.

Ellos llevaban veinte soldados, no se había atrevido a dejar a Lynnae con menos protección. Pero ellos dos valían por varios, sobre todo si se transformaban,

—Es posible que debamos hacerlo—Rognvald le había leído el pensamiento, ya lo había hecho varias veces desde que había llegado, Gunnar creía que, con su acoplamiento, sus poderes habían aumentado.

—Veremos. Si es necesario lo haremos, si no, lucharemos como humanos.

Nilsa había intentado hablar con la anciana que le estaba curando

la cara, pero era imposible, no respondía a nada de lo que le decía. Desesperada, decidió intentarlo por última vez,

—Por favor, ayúdeme, el jarl pretende casarse conmigo—la mujer la miró fijamente, y una mirada de compasión apareció en sus ojos.

—Entonces lo siento por ti, pero no hay nada que yo pueda hacer—se encogió de hombros—mi hijo y mis nietos también trabajan aquí, nunca arriesgaría sus vidas.

Nilsa lo entendió, y dejó de intentar que la escuchara.

—No te toques la cara, te he puesto un ungüento, picará un poco durante unos minutos, pero luego te ayudará con el dolor—la miró de nuevo al salir. Cuando abrió la puerta, Nilsa vio dos guardias apostados para que no pudiera salir.

Cerró los ojos pensando en Rognvald, pero no había vuelto a hablar con él. Volvió a intentarlo, sin conseguir nada.

Se quedó sentada en la silla, a oscuras, ya que no había ventanas en la habitación, con las manos enlazadas, rezando como nunca en su vida. Pidiendo que él llegara a tiempo.

No supo cuánto tiempo estuvo en la oscuridad, pero después, uno de los soldados abrió la puerta y le dijo,

—El jarl dice que bajes—se levantó tambaleante, el cansancio junto con el terror absoluto que sentía, y el dolor de las manos y la cara, hacía que se sintiera muy débil. Parpadeó varias veces, intentando ver con más claridad.

El soldado la sujetó en las escaleras, porque estuvo a punto de caer, y la bajó cogida del brazo. En el salón, le dijo a su jefe:

—Jarl, no sé qué le pasa, pero casi se cae dos veces—Sveinn, que hablaba con un hombre con una túnica, se acercó a ella con el ceño fruncido. Observó la palidez de la muchacha, lo que resaltaba aún más los golpes que habían coloreado su cara en diversos tonos de morado y negro. Sus muñecas estaban en carne viva, y no parecía

capaz de sostenerse en pie sin ayuda. La cogió del brazo y la llevó hasta el sillón que había junto al fuego, el sacerdote estaba atónito al ver el estado de la muchacha,

—Jarl Sveinn, no creo que...—Sveinn se dio la vuelta mirando al religioso, se acercó lo suficiente para que solo él le escuchara,

—Es responsabilidad mía cómo esté ella, recordad que tenéis una carta del rey, su tío, autorizando la boda como su tutor—el sacerdote asintió, aquello era cierto.

Sveinn se felicitó por haber pensado en falsificar aquella carta, para evitar problemas con el cura,

—Empecemos entonces, ya que tenemos aquí a la novia.

Nilsa se encontraba dentro de sí misma, le daba igual lo que ocurriera alrededor, en ese momento, no veía ni escuchaba nada de lo que pasaba a su lado. Por eso no se echó a temblar, cuando Sveinn la levantó para ponerla junto a él, frente al cura, y éste abrió el misal.

Rognvald no había galopado tan deprisa en su vida, había bajado del caballo casi sin darle tiempo a que parara, al ver la casa del jarl. Se ocultó tras una arboleda próxima, y escuchó como iban llegando los demás. Esperó a que Gunnar estuviera junto a él, y le dijo al oído,

—Hay muchos guardias en la entrada, creo que lo mejor es, que la mitad de nosotros ataquemos por la otra entrada, y cuando estén distraídos, el resto entramos por aquí—señaló el portón principal.

—De acuerdo, yo voy con los de atrás—Rognvald asintió y esperó mientras daban una vuelta amplia tras la enorme arboleda, para atacar la casa desde el otro punto. Esperó impaciente, hasta que escuchó ruido de lucha, su hermano había mandado a dos arqueros que dispararan a los guardias de la parte trasera. Los soldados que tenía enfrente salieron corriendo a ayudar a sus compañeros, dejando libre el paso. En ese momento, dio la orden y entraron corriendo, con las

espadas desenvainadas, en silencio, matando a todo el que se encontraban en el camino.

El sacerdote calló, al escuchar el inconfundible ruido de armas, Sveinn frunció el ceño, y soltó a Nilsa que se tambaleó de nuevo, e intentó aclarar su mente, salir de la bruma que la envolvía. Entonces lo vio, había venido a por ella. La había encontrado. Se retiró hasta la pared para no estorbarle, ya que sabía que su punto débil era ella.

Rognvald rugía como un animal furioso, la había visto al entrar, y sintió deseos de destrozar a todos los que la hubieran herido. Luchó con los dos soldados que estaban en el salón, y que no fueron oponentes para él. Entonces, corrió a por Sveinn, que se acercaba a por Nilsa, seguramente para usarla como escudo, pero se plantó de un salto ante él, dejando a Nilsa a su espalda,

—¡Maldito, vas a pagar lo que le has hecho, me voy a cobrar esos golpes con tu vida! —rugió, Sveinn que tenía la disculpa de que él no la había golpeado, a punto de salir de su boca, fue incapaz de decirlo, porque no le dio tiempo. Con un par de golpes, le arrinconó, hiriéndole en el hombro en el siguiente ataque. Pensaba seguir así, haciéndole sufrir todo lo que pudiera, pero escuchó la voz de Gunnar que le dijo,

—Hermano, acaba con esto, piensa en ella—entonces, el siguiente golpe fue directo al corazón. El malvado jarl murió en ese instante, incrédulo, al ver que uno de los mitos mayores de su tiempo, y en el que nunca había creído, acababa de atravesarle con la espada.

Antes de que hubiera caído, Rognvald abrazaba a su mujer, con cuidado, temiendo hacerla daño. Ella sollozaba, como había hecho desde que le había visto. Luego, la cogió en brazos, y la sacó de allí.

EPILOGO

Rognvald observaba a su esposa, que volvía del monasterio, acompañada por Lynnae. Habían ido a ver a Declan, y traían una cesta llena de verduras, como él había imaginado. El joven monje quería comer carne, y sabía cómo conseguirla. Se levantó para ayudarla, mirando su cara al caminar hacia ella, afortunadamente para su paz interior, los golpes se habían curado, y ya no quedaban ni rastro de ellos. Las dos mujeres se quedaron paradas esperándole, él se inclinó a darle un beso rápido en los labios, y le cogió la cesta, llevándola a la casa. Lynnae miraba a su cuñada arrobada,

—¡Qué contenta estoy por ti Nilsa!, no podrías haber encontrado un hombre mejor, aunque hubieras querido, ¡y pensar que yo pretendía convencerte para que aceptaras casarte con Oleg! —Nilsa negó con la cabeza,

—Después de conocer a mi “oso”, no hubiera podido casarme con ningún otro—en ese momento, su marido la increpó, desde su asiento frente a su hermano,

—¡Más te vale! —le guiñó un ojo y volvió su atención a la partida. Gunnar hizo un gesto de fingida desaprobación, por cómo había salido corriendo Rognvald, para que su mujer no cargara con la cesta,

Habían sacado la mesa del salón al campo, junto al bosque, con un par de sillas, para aprovechar el sol. Mientras preparaban el tablero y las piezas, que había tallado Lynnae como regalo para la casa de Rognvald y Nilsa, Gunnar preguntó,

—¿El rey Wartislav se ha puesto ya en contacto con vosotros? — Rognvald asintió,

—Quiere que vayamos cuanto antes a verle a la corte, por supuesto a quien quiere ver es a mi mujer, sobra decirlo—rio a

carcajadas—le hemos contestado que, en cuanto esté en marcha el negocio de la cervecería, iremos a verle—levantó la mirada hacia Gunnar—estáis invitados si queréis venir, quiere conocer a todos.

—Es posible que vayamos con vosotros, me imagino que serán solo unos días,

—Por supuesto, te avisaré entonces. ¿Has sabido quién fue el espía que os siguió hasta aquí? —Gunnar se encogió de hombros

—Ni idea, no creo que volvamos a saber de él. Por cierto, Felipe me ha ofrecido ser el nuevo jarl.

—Y ¿vas a aceptar? —Gunnar le miró fijamente,

—No lo sé, es posible, creo que podría ayudar a la gente de la isla. Llevan demasiado tiempo sin que nadie se ocupe de ellos.

—¡Rognvald! —Nilsa le llamaba a gritos desde la casa, levantó la cara para que viera que la escuchaba—enseguida estará la comida.

—Ya la has oído— le dijo a Gunnar, éste sonrió sarcástico.

—¡Y pensábamos que era muda!, así que la joven Nilsa te ha domado completamente—bromeó, pero Rognvald le conocía demasiado bien, por lo que sonrió mientras movía el caballo,

—Sí, lo reconozco, estoy total y absolutamente dominado por ella —escuchó ruidos de pisadas, y vio a los monjes que salían de la cervecería. Llevaba pocos días funcionando, pero creía que todo iba a ir muy bien.

—Veo que tienes todo muy organizado—su hermano quería comerle la torre, pero no le había distraído lo suficiente—yo no hubiera sido capaz de hacer todo lo que has hecho aquí, y en tan poco tiempo —se sentía orgulloso—cada vez me alegro más de haberte vendido las tierras.

—Y yo, pero tengo ayuda. Declan ha resultado ser muy eficiente controlándolo todo—movió su torre— Tanto que le he nombrado

encargado—sonrió con picardía, Gunnar al verle, frunció el ceño y miró el tablero, cuando se dio cuenta, maldijo en voz alta.

—Jaque mate—Gunnar no pudo evitar sonreír, al ver la felicidad en la cara de su hermano.

Se levantaron, y se encaminaron hacia la casa, dejando el tablero y las piezas brillando bajo el sol.

FIN

margottechanning@gmail.com